

QUINTA PARTE

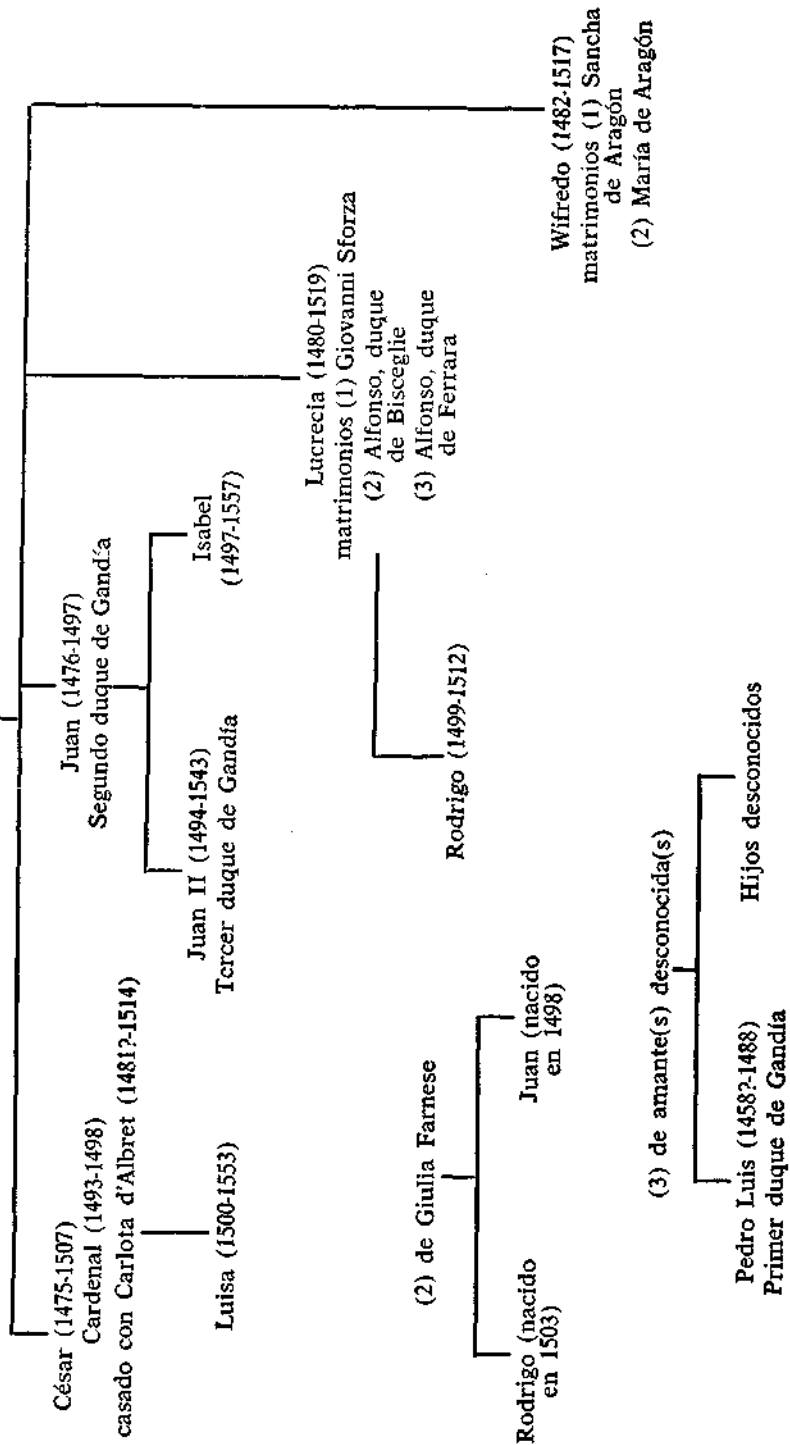
El toro español

RODRIGO BORGIA
Papa Alejandro VI (1492-1503)

LOS DESCENDIENTES DE ALEJANDRO VI

(nacidos durante su vida)

(1) de Vannoza de Catanei



El cardenal Rodrigo Borgia

Amado hijo:

Hemos oído que, hace cuatro días, varias damas de Siena —mujeres enteramente entregadas a frivolidades mundanas— estaban reunidas en los jardines de Giovanni di Bichis, y que tú, olvidando completamente el alto cargo de que estás investido, estuviste con ellas desde la hora diecisiete a la veintidós. Contigo estaba uno de tus colegas cuya edad, si no la dignidad de su cargo, debía haber bastado para recordarle su deber. Hemos oído que se bailaron las danzas más licenciosas, que no faltaron ninguna de las seducciones del amor y que te condujiste de una forma totalmente mundana. La vergüenza me prohíbe mencionar todo lo que tuvo lugar, no sólo los actos, sino los mismos nombres son indignos de tu posición. Para que pudieras dar rienda suelta a tu lascivia, no fueron admitidos los padres, maridos, hermanos y deudos de las jóvenes... Toda Siena habla ahora de aquella orgía... Nuestro disgusto no puede expresarse con palabras... Un cardenal debe estar por encima de todo reproche...

Así escribía el sobrio Pío II al joven Rodrigo Borgia, cardenal y vicescanciller de la Iglesia Romana, en junio de 1460. Y el papa no se escandalizaba fácilmente. En sus días alegres, cuando era aún Aeneas Piccolomini, había sido tan pecador como cualquiera, e incluso ahora estaba dispuesto a pasar por alto muchos pecadillos del joven y brillante español que sabía atraerse la simpatía de los hombres con la misma facilidad que la de las mujeres. Pero, al parecer, aquel asunto de Siena había superado los límites de la tolerante sociedad

1. Raynaldus, An. 1460, 31.

sienesas, y Pío expresaba su disgusto en términos inequívocos, suministrando de paso a la posteridad el primer esbozo de la vida privada del futuro papa Borgia.

Rodrigo Borgia tenía entonces veintinueve años. Cinco años antes, su tío había subido al Papado con el nombre de Calixto III, y había inundado Roma inmediatamente con sus parientes y amigos españoles. «Catalanes», les llamaban los romanos desdeñosamente, y contemplaban con ira cómo los lucrativos cargos de la Iglesia y de la ciudad iban cayendo en manos españolas. Calixto fue generoso con sus compatriotas, y un verdadero padre para sus parientes. Adoptó a los dos hijos de su hermana —Rodrigo y don Pedro Luis—, y acumuló sobre ellos el mayor número posible de honores. Rodrigo fue nombrado cardenal a los veintiséis años, y al año siguiente accedería al cargo inmediatamente inferior al de papa: la vicecancillería de la Iglesia. Era una posición en la que resultaba casi imposible no hacer dinero, y Rodrigo hizo todo el que pudo.

Don Pedro Luis, un año mayor que su hermano Rodrigo, parecía destinado a ser el fundador de la dinastía. Su tío le concedió títulos sonoros y potentes: duque y conde Spoletto, señor de Civitavecchia, gobernador del Patrimonio de San Pedro, generalísimo de la Santa Iglesia y prefecto de Roma. Seguramente fue una suerte para Rodrigo que esos títulos temporales fuesen para su hermano, y no para él, pues tuvieron la virtud de atraer sobre don Pedro Luis la ira de los romanos. Pedro, con esa hambre salvaje e insaciable de riquezas que caracterizó la actuación de los españoles en Italia, emprendió la tarea de destruir a las grandes familias romanas. Mientras Calixto vivió, estuvo a salvo y fue poderoso, pero cuando murió su protector en 1458, los romanos se alzaron con rara unanimidad y le expulsaron de la ciudad. Murió poco después en el exilio. Existe un curioso paralelismo entre su carrera y la de César Borgia, el hijo de su hermano.

Rodrigo sobrevivió a la transmisión de poderes. En realidad, durante la vida de su tío parece haberse conducido con una discreción que falta completamente en sus años posteriores. Piccolomini, el mismo que después le llamaría la atención, comentaba: «Nuestro canciller, Rodrigo Borgia, el sobrino del papa, es joven, sí, pero su conducta y su buen sentido le hacen parecer mayor en años».² Durante el cónclave, fue el voto del joven Borgia el que dio a Piccolomini la mayoría necesaria, hecho que indudablemente contribuyó al afecto que le demostró el nuevo papa. Pero su forma de

2. Sigismondo, I, 49.

vida cambió bajo el nuevo pontificado, y empezó a exhibir sus vicios privados ante la consternación pública con una indiferencia cínica que llegaba al escándalo. La hipocresía no figuraba entre los muchos defectos de Rodrigo Borgia; ése lo dejaba para sus enemigos, entre los que se contaban algunos de los escritores más venenosos y hábiles producidos por el Renacimiento.

Las décadas finales del siglo xv vieron al Papado aproximarse a su período de mayor brillantez y esplendor. Las pretensiones al poder temporal universal eran cosa del pasado, habían sido enterradas con el humillado cadáver de Bonifacio VIII, y aún quedaba casi un siglo para que se produjera el desafío de Lutero a su supremacía espiritual. Pero en la superficie todo parecía indicar que el Papado había recobrado la cohesión anterior al cisma, y que, con la amenaza de los concilios desvaneciéndose en la distancia, estaba en libertad de desarrollar un poder más limitado, aunque más seguro, como principado italiano.

Pero en Italia se había producido un cambio fundamental durante el siglo transcurrido desde que Urbano VI precipitara el cisma: el Papado se había reinstalado en Roma, en ese nuevo mundo llamado Renacimiento. Esa cultura multiforme tenía una fecha y un lugar de nacimiento. El primer florecimiento renacentista se había producido en Florencia hacia el año 1400, cuando los florentinos, bajo la presión de la guerra, se volvieron hacia sí mismos en busca de algo que definiera exactamente lo que estaban defendiendo. Sus eruditos lo encontraron en el pasado por medio de las cartas de Cicerón, recién descubiertas. Ahora podían proclamar que el principio que estaban defendiendo era la libertad misma, la libertad tal como se practicaba en la antigua república romana antes del advenimiento de los Césares.

Es posible que, en sus orígenes inmediatos, el Renacimiento fuese esencialmente un movimiento de propaganda, el medio por el cual los florentinos pretendieron justificar sus acciones con citas de los grandes escritores clásicos. Pero la llegada de la nueva cultura era inevitable, y Florencia fue simplemente la causa inmediata de su florecimiento. El saber estaba dormido, no muerto, y, ahora, con una sociedad más rica y estable, un puñado de eruditos tuvo tiempo de hurgar en los grandes montones de escombros del pasado. La búsqueda de manuscritos se convirtió para algunos en una obsesión; llegaron incluso a arruinarse para contribuir a la lenta acumulación de tesoros de una cultura perdida.

La acumulación progresó como una bola de nieve. Cada descubrimiento suministraba claves que hacían posible otros, y así, a mediados del siglo xv, circulaba de nuevo gran parte del acervo de la cultura latina. Aquello fue una verdadera revelación para unos hombres cuyas mentes llevaban siglos condenadas a aceptar la teología cristiana como el horizonte único del conocimiento. Les concedieron una veneración casi supersticiosa, una reverencia que hasta entonces había estado reservada exclusivamente a las Escrituras. La capacidad de escribir en un latín elegante se convirtió en la prueba más importante de erudición. Todos los elementos supervivientes de la cultura clásica, fuese un tratado de arquitectura, un poema o un discurso moral, fueron considerados como la forma más elevada de expresión del intelecto humano, y se utilizaron como modelos a imitar fielmente.

La nueva cultura se convirtió en moda, a veces casi en manía. En 1485, el descubrimiento del cuerpo de una bella doncella de la antigua Roma puso a toda la ciudad en un estado de histeria colectiva. El cuerpo, asombrosamente bien conservado, fue extraído de su tumba de la Vía Appia y llevado a un edificio público, donde miles de hombres pasaron ante él para admirarlo? Eso parecía desprenderse, al menos, del extravagante lenguaje que se utilizó para elogiar la belleza de la joven; y también de la reacción del papa reinante, quien, temiendo una nueva herejía, ordenó que se volviera a enterrar el cuerpo en secreto. La adoración del mundo antiguo se filtró hasta los niveles más altos de la sociedad. Príncipes advenedizos se precipitaron a la bancarrota por reconstruir sus villas al modo clásico, o, al menos, las cubrieron con fachadas aceptables. En Roma surgió una nueva industria cuando los artesanos descubrieron que los nobles estaban dispuestos a pagar sumas enormes por fragmentos de estatuas que durante siglos se habían considerado materia prima para los canteros. Intelectuales «snobs» hilvanaban sus cartas, sus conversaciones, y hasta sus plegarias, con innumerables citas clásicas: Dios se convirtió nuevamente en Júpiter, Cristo se transformó en Apolo, los santos en dioses, las monjas en vírgenes vestales. Hasta los magistrados de la ciudad se convirtieron en padres conscriptos, y los carnavales teóricamente cristianos que anunciaban la Cuaresma fueron rebautizados con el nombre de Lupercales.

El espíritu del Renacimiento penetró en Roma durante la década de 1450, bajo el pontificado de Nicolás V. Hombre modesto y honrado, era estudioso por inclinación y, aunque dirigió los asuntos de la Iglesia con habilidad y energía, su primer y último amor fue

la nueva cultura. Envió emisarios por todo el mundo en busca de preciosos manuscritos y fundó la madre de todas las bibliotecas, la Biblioteca Vaticana. Congregó a su alrededor los humanistas más destacados de su tiempo, alentándoles a propagar y desarrollar aquella investigación del espíritu que, inevitablemente, se volvería contra su patrón. Roma se convirtió en un inmenso laboratorio donde la nueva hornada de arquitectos, ebrios con el redescubrimiento del mundo clásico, pudieron hacer sus experimentos. Y esto significó la demolición de edificios y grandes palacios. La antigua Ciudad Leonina fue rediseñada y fortificada. La venerable basílica de San Pedro, que llevaba más de un milenio dominando el paisaje de Roma, cayó víctima de aquella fiebre reconstructora. Aún habían de pasar años hasta que el enorme edificio desapareciera enteramente. Cuando al fin Miguel Ángel coronó con su cúpula la nueva basílica de San Pedro, el mundo que lo contempló era completamente distinto.

Pero esta espléndida y nueva moneda del Renacimiento tenía también su reverso. Los primeros papas habían mirado con suspicacia el aspecto francamente pagano de este renacer, la adulación de los grandes poetas paganos a expensas de los padres de la Iglesia. No obstante, esta vertiente pagana no pasaba de ser moda pasajera. Mucho más peligroso resultaba para el Papado el recién nacido conocimiento del pasado que estaba empezando a situar en su perspectiva justa las pretensiones papales. Los ataques más demoledores vinieron de Lorenzo Valla, uno de los miembros de la nueva tribu de humanistas itinerantes. Su tema literario favorito, y el de muchos colegas suyos, fue la pornografía. Su tratado *Sobre el Placer*, enumeración de las posibilidades sensuales al alcance del hombre, era un vademécum libertino apenas digno de ser considerado un tratado intelectual sobre el hedonismo. Otros eruditos llamaron «Falso Renacimiento» a la cultura que produjo esta obscena frivolidad; pero esa condena trazaba una frontera artificial entre dos aspectos de la expresión de una misma vitalidad, como demostró Valla. Hacia 1440, escribió una obra más convencional desde un punto de vista intelectual, una investigación de la llamada *Donación de Constantino*, la base de las pretensiones papales al dominio temporal. Otros hombres habían mirado con sospecha a lo largo de los siglos esta donación tan oportuna, pero incluso en fecha tan tardía como el reinado de Bonifacio VIII, un intelectual de la talla de Dante aceptó como buena la falsificación. Podía deplorarla:

*Ah Constantino, de cuánto mal fue madre,
no tu conversión, sino esa dote matrimonial
que el primer Padre opulento tomó de ti?*

Pero la *Donación* era un hecho cierto. Valla, utilizando las herramientas que la nueva cultura ponía a su disposición, condenó la *Donación* por falsa. «Y, aunque fuera auténtica —decía—, los crímenes del Papado, cuya avaricia ha hundido a Italia en continuas guerras, bastarían a estas alturas para dejarla vacía de contenido.»⁴

Valla lanzó una llamada a Roma para que se rebelara contra la tiranía de los curas, y los romanos recogieron la llamada diez años después. Stefano Porcari, el último republicano, era irónicamente un protegido del liberal Nicolás V. Más fanático que patriota, proponía el nebuloso resurgir de una inexistente Edad de Oro, en la que los clérigos serían de nuevo los subordinados de la ciudad, y no sus dueños. Llevaba encima una cuerda dorada destinada a maniatar al papa cuando fuese derribada la curia, pero el dominio papal sobre Roma era demasiado firme para que lo debilitara un puñado de intelectuales rebeldes. La sublevación fue ahogada en sangre, pero constituyó un mal presagio. Menos de un siglo después, un general alemán, profesando una nueva fe llamada luterana, marcharía sobre Roma con una cuerda dorada, pero no para maniatar, sino para colgar al papa.

El cardenal Borgia, ahora con poco más de cuarenta años, era conocido como el segundo hombre más rico del Sacro Colegio, grupo que incluía en su seno a los hombres más acaudalados de Europa. Aunque debía sus primeros progresos al nepotismo, la guerra en la jungla que existía en los niveles más altos de la Iglesia exigía una considerable capacidad personal para, como hizo él, no sólo conservar, sino incrementar, su riqueza y su poder. «Intelectualmente, es capaz de cualquier cosa», escribió de él un contemporáneo.

Es un conversador fluido, escribe bien, aunque no en un estilo literario; es extremadamente astuto y muy enérgico y hábil en cuestiones de negocios. Es enormemente rico, y sus relaciones con reyes y príncipes le dan gran influencia. Ha construido un bello y confortable palacio para sí mismo entre el puente de Sant'Angelo y el Campo di Fiori. Los in-

3. Dante, *Inferno*, XIX, 115.

4. Valla, 28.

gresos de sus cargos papales, de sus abadías en Italia y en España, de sus tres obispados de Valencia, Oporto y Cartagena, son vastos. Sólo su cargo de vicescanciller le deja anualmente 8000 ducados. Su vajilla, sus perlas, sus ropas bordadas con seda y oro, sus libros son todos de tal calidad que serían dignos de un rey o un papa. Casi no necesito mencionar las suntuosas colgaduras de la cama, las gualdrapas de sus caballos y cosas similares de plata, oro y seda, ni la gran cantidad de monedas de oro que posee. En junto, se cree que posee más oro y riquezas de toda suerte, que todos los cardenales juntos, exceptuando a Estouteville.⁵

Aquella enorme acumulación de riquezas no tenía sólo la finalidad de hacer ostentosos alardes. Habían pasado los días en que la elección del papa la podía decidir las espadas de una facción. La cuestión se desarrollaba ahora de una forma mucho más ordenada. Cierta que las turbas saqueaban el palacio del cardenal victorioso, pero eso era una simple costumbre. La batalla la decidía el oro, no el acero; el soborno, no la coacción. Por eso, Rodrigo Borgia se había dedicado a amasar tesoros y beneficios, actividad para la que su cargo de vicescanciller le daba gran ventaja sobre sus colegas. Cuando alguien protestaba por la concesión sistemática de perdones para los crímenes más odiosos —uno de ellos fue el asesinato de una hija por su padre—, él contestaba alegremente: «No es deseo de Dios que muera el pecador, sino que viva y pague».⁶

Pero la tiara se le escapó en el cónclave de 1484, a pesar de que había entrado en él con grandes esperanzas y el terreno bien abonado. Pero «el que entra en el cónclave como papa sale de él como cardenal»,⁷ como escribió el embajador de Ferrara a su señor, legando a Roma uno de sus proverbios más duraderos. Nadie confiaba en Borgia. Los cardenales aceptaron, en cambio, las promesas escritas del cardenal Cibo. John Burchard, el maestro de ceremonias que organizó el cónclave, traza un nítido cuadro del nuevo papa firmando promesas sin leerlas, arrodillándose mientras lo hacía. La noticia se extendió a los cubículos donde otros cardenales se estaban desnudando para meterse en la cama. El temor de perder su parte fue tal que, a medio vestir como estaban, acudieron corriendo a presentar sus peticiones. Cibo, después Inocencio VIII, las firmó todas obedientemente, y luego las rechazaría en bloque.

Fue una suerte para Rodrigo Borgia el que sus compañeros no

5. Jacopo, 130.

6. *Infessura*, cap. XIV.

7. Citado en Pastor, V, 237.

le eligieran en aquella ocasión, pues el carácter del pontificado de Inocencio VIII hizo que el suyo pareciese el reinado de un hombre honesto, al menos durante las primeras semanas. Hay que pensar que Cibo estaba ejercitando su fino sentido de la ironía cuando escogió su nombre pontifical. Al principio corrieron algunos rumores equívocos sobre su sexo, rumores que una de aquellas corrompidas sátiras que pasaban por ingeniosas en la Roma de entonces se encargó de aplastar. «¿Para qué vas a buscar testigos que prueben que Cibo es hombre o mujer? Mira el número de sus hijos, eso es una prueba segura. Por algo Roma llama "padre" a este hombre.»⁸ Con Inocencio se rasgó el último velo de discreción que cubría al Papado, pues no consintió en insultar a sus hijos llamándoles sobrinos. «Fue el primer papa que reconoció abiertamente a sus hijos ilegítimos y, apartándose de todos los usos establecidos, los colmó de riquezas.»⁹ A pesar de los epigramas, sólo se jactó de ser padre de dos hijos: una hija, y un hijo llamado Franceschetto.

De buen carácter, apático, indiferente a todo lo que no fuera la adquisición de oro y el bienestar de sus hijos, Inocencio dejó la mayor parte de los asuntos de gobierno en manos del hombre que había asegurado su elección, su colega genovés, el cardenal Giuliano della Rovere. Su hijo Franceschetto llegó a ser enormemente rico. Se pusieron franca y abiertamente en venta cargos y perdonas de todo tipo. El joven Franceschetto organizó con el vicecanciller un sistema mutuamente beneficioso, según el cual, el hijo del papa recibiría el importe de todas las multas superiores a 150 ducados, y el tesoro papal se quedaría con el resto, del cual tomaría su parte el vicecanciller. Después de cada transacción, unas cuantas piezas de oro iban a parar a los ya abultados bolsillos de Borgia. Pero mientras éste tenía la mirada puesta en el futuro, el joven Franceschetto se contentaba con exprimir el presente. Una noche perdió 14.000 ducados jugando con un cardenal, pero su padre aceptó su queja de que el cardenal había hecho trampas y ordenó la restitución. Un heredero papal era, evidentemente, un mal negocio; sin embargo, un político tan astuto como Lorenzo de Médicis consideró una inversión rentable dar su hija como esposa al joven Cibo.

La familia Médicis recobraría con creces su inversión. Inocencio VIII vivió ocho años más. Una y otra vez, su apatía natural pareció presagiar la muerte, y, en una de esas ocasiones, su laborioso hijo saqueó el tesoro de la Iglesia, pero tuvo que devolverlo cuan-

do su padre se recobró. Pero, en 1492, a la edad relativamente temprana de sesenta años, Inocencio murió. Su legado al Papado fue la Santa Lanza, regalo del sultán Bayaceto, dos cofres vacíos, y el establecimiento del principio de que todo se podía vender. Franceschetto, que no tenía ningún deseo de enzarzarse en una peligrosa lucha por el poder, vendió inmediatamente las inmensas posesiones que le había dado su padre y se retiró a una segura oscuridad.

John Burchard, maestro de ceremonias, estuvo en su elemento durante la última semana de julio y la primera de agosto: la organización del complicado ceremonial de la Iglesia Romana. Las normas que regían el cónclave se habían desarrollado a lo largo de los años desde las decisiones casuales, *ad hoc*, a un complejo cuerpo de leyes que lo disponían todo, desde la precedencia al más insignificante detalle del aseo. Era una tarea idónea para la pedante mente germana de Burchard, pues el maestro de ceremonias necesitaba unos conocimientos enciclopédicos sobre la jerarquía para manejar sin problemas aquel grupo de hombres, cada uno de los cuales se consideraba un príncipe y estaba dispuesto a defender celosamente sus derechos. Necesitaba poseer también las cualidades de un excelente mayordomo capaz de anticiparse a las demandas más inverosímiles de veintitrés hombres que estarían en reclusión forzosa durante un período de tiempo indefinido. Burchard había supervisado el cónclave anterior y consultó su valioso diario para repasar sus minuciosas notas sobre lo que necesitaba cada cardenal.

Una mesa, una silla, un escabel. Un asiento para descargar el estómago. Dos orinales, dos servilletas pequeñas para la mesa del señor [cardenal]. Doce servilletas pequeñas de mesa para el mismo señor y cuatro toallas de mano. Dos trapos pequeños para secar las copas. Alfombra. Un cofre o caja para la ropa del señor, sus camisas, roquetes, toallas para secarse el rostro y un pañuelo. Cuatro cajas de dulces para provisiones. Un vaso de piñones azucarados. Mazapán. Azúcar de caña. Bizcochos. Un pan de azúcar. Una balanza pequeña. Un martillo. Llaves. Un asador. Un alfiletero. Un juego de escritorio con cortaplumas, pluma, pinzas, junquillos y portaplumas. Una mano de papel para escribir. Cera roja. Una jarra de agua. Un salero. Cuchillos. Cucharas. Tenedores...

8. Marullus, 16.

9. Volterran, *Innocent VIII*.

10. Burchard, *Diarium*, An. 1484.

Las ordenanzas estaban destinadas a evitar las presiones de fuera, y Burchard hizo que se aplicaran punto por punto. No era deber suyo señalar que resultaban completamente inútiles a la hora de evitar la corrupción desde dentro.

El cónclave se inició el 6 de agosto, pero el tráfico de votos había alcanzado ya proporciones impresionantes. Todos sabían que el rey de Francia había depositado 200.000 ducados de oro en un banco para asegurar la elección de Giuliano della Rovere, y que la República de Genova le había imitado con otros 100.000 en favor del mismo candidato. La iniciativa francesa fue fatal para las aspiraciones de Rovere. Sus compañeros estaban dispuestos a venderle sus votos, pero no al precio de la interferencia francesa. El campo estaba libre para los otros compradores.

Ningún cardenal se destacó durante la primera semana del cónclave. El embajador florentino informaba a sus señores de que la situación distaba mucho de estar clara; motivaciones y alianzas no declaradas la complicaban. Un observador de Ferrara hizo una lista de cuatro favoritos; el nombre de Rodrigo Borgia figuraba en el último lugar. A pesar de todo, añadía este agudo observador, la inmensa riqueza de Borgia podía hacerse finalmente con la elección. ¿No se había jactado de que tenía suficientes sacos de oro para llenar con ellos la Capilla Sixtina? Ciertamente, era español y los romanos aún tenían un amargo recuerdo del pontificado de su tío, pero el cónclave se veía libre ahora de las interferencias exteriores.

El 10 de agosto por la tarde, Rodrigo Borgia había comprado ya los votos de trece cardenales. Entre ellos se encontraban miembros de las más antiguas y aristocráticas familias romanas, pero ninguno vaciló en vender su voto al odiado extranjero, una vez seguro de que se lo pagaría al precio pedido. Rodrigo Borgia utilizó con habilidad sus riquezas, venciendo las sospechas de sus compañeros, a los que había estafado en bloque Inocencio VIII. Un cáustico epigrama recorrería después las calles de Roma: «Alejandro vende las Llaves, el Altar, al mismo Cristo, y está en su derecho, pues los ha comprado».¹¹ Y era la pura verdad. Se pasó los cuatro primeros días del cónclave regateando enérgicamente y reuniendo apoyos. Ascanio Sforza, un neutral, era el único rival serio que seguía en pie. Era también inmensamente rico y, al contrario que Borgia, contaba con el apoyo de su familia, la dinastía remante en el gran ducado de Milán.

El 10 de agosto por la tarde, Rodrigo Borgia se llevó aparte a su

11. Infessura, cap. X.

rival para discutir en privado el asunto. Pero, ¿quién era capaz de hacerle desistir? Ante Sforza desfiló una deslumbrante procesión de sobornos. ¿Un arzobispado? ¿Una abadía? ¿Dinero contante y sonante? ¿La vicecancillería? Sforza también sabía regatear, y obtuvo de Borgia no sólo la vicecancillería, sino una buena cantidad en metálico. Borgia le entregó esta última inmediatamente. Envío una nota a su palacio, y, antes del alba, cuatro muías cargadas con metal precioso —oro según unos, plata según otros— fueron depositadas en el palacio de Sforza.

Quedaban todavía ocho cardenales tozudos, pero Borgia sólo necesitaba un voto más. Su venta fue quizá la más repugnante de todas las efectuadas en el cónclave, pues el vendedor fue el cardenal de Venecia, que tenía entonces noventa y seis años. Al parecer, la fiebre del oro había contagiado incluso a un hombre como él, que, por razones evidentes, no podía esperar un largo disfrute del precio de su simonía. Obtuvo una cantidad ridícula —cinco mil ducados— en comparación con las cifras astronómicas que se barajaban, pero su voto le dio a Borgia la mayoría necesaria. El Sacro Colegio puso en marcha el mecanismo de la elección, elevó plegarias al Espíritu Santo para que le guiara —ante las protestas de Sforza, que declaró que todo aquello era una farsa—, y, poco después de la salida del sol del día 11 de agosto, sacó de la urna el nombre del cardenal Rodrigo Borgia.

«¡Soy papa, soy papa!», gritó excitado, y se apresuró a colocarse las lujosas prendas. No hizo ninguna de las modestas protestas que reclamaba la tradición. Al contrario, ordenó inmediatamente a Burchard que preparase la impresión de octavillas con el texto «Tenemos por papa a Alejandro VI, Rodrigo Borgia de Valencia» para repartirlas entre la multitud que esperaba fuera. Una vez más, Borgia demostró que la modestia hipócrita le era completamente ajena. Los Píos, Inocencios o Clementes no eran para él. Eligió el nombre que había llevado el conquistador pagano más grande de la Antigüedad.

La familia Borgia

Han pasado treinta y siete años desde que su tío Calixto III le hizo cardenal, y durante ese tiempo no se ha perdido un solo consistorio, salvo cuando le obligó a ello la enfermedad, y eso ha ocurrido muy raras veces. Estuvo en el centro de los negocios durante los reinados de Pío II, Pablo II, Sixto IV e Inocencio VIII. Pocos entendían el protocolo como él. Sabía cómo dominar, cómo brillar en la conversación, cómo aparecer digno. De estatura majestuosa, descollaba sobre los que le rodeaban. Tenía la edad justa, sesenta años, en la que, según Aristóteles, los hombres son más sabios. Era robusto de cuerpo y vigoroso de mente,¹² y por eso perfectamente adecuado para su nueva función.

Este favorable retrato del secretario de Alejandro, aunque retocado por el interés del cortesano, refleja con bastante fidelidad la opinión que, en general, tenían los italianos del nuevo papa. Fuera del reducido círculo del poder, los hombres sólo veían en él al prelado generoso que los obsequiaba con magníficos espectáculos públicos. El joven cardenal Giovanni de Médicis, que se había negado a vender su voto, consideró prudente dejar Roma en seguida. Pero la mayoría de los miembros del Sacro Colegio, saturados de oro, se mostraron complacientes; y las otras potencias italianas, recordando los dos últimos pontificados, supusieron con razón que el tercero no podía ser peor.

Alejandro despertó al principio las esperanzas de aquellos cristianos que todavía se sentían preocupados por el carácter del ocupante del trono de Pedro. A la mañana siguiente del cónclave, pre-

12. Sigismondo, II, 53.

sidió su primer consistorio y lanzó la solemne advertencia de que tenía la intención de reformar el Colegio y purgarle de sus pecados, especialmente del de simonía. Los catorce cardenales que todavía estaban contando las ganancias obtenidas con la elección simoníaca del pontífice se quedarían seguramente muy pensativos. Alejandro planeó la más vistosa ceremonia de coronación en honor de aquel pueblo romano que había conservado intacta su afición a los espectáculos circenses a lo largo de los siglos. Ya cuando era cardenal, sus despliegues teatrales con motivo de las grandes procesiones del *Corpus Christi* habían oscurecido todas las demás. Ahora, como papa, repartió a manos llenas las riquezas acumuladas durante décadas para celebrar esplendorosamente el advenimiento de la dinastía de los Borgia. Las armas de los Borgia, el gran toro español *passant*, aparecieron en todas las esquinas. Cerca del palacio de San Marcos se erigió la estatua de un toro gigantesco de cuya frente manaba continuamente vino. Jóvenes desnudos y cubiertos de una película dorada hicieron de estatuas vivas; cascadas de flores fueron arrojadas desde todas las casas que flanqueaban la ruta del cortejo; arcos de triunfo pusieron su efímera nota de color en las calles. Había resucitado la Antigüedad, el esplendor del mundo clásico fecundado con la energía del nuevo.

Roma fue grande bajo los Césares — pero más grande bajo Alejandro. Los primeros eran simples mortales — el segundo es Dios.

Así lo proclamaban los arcos triunfales, y la blasfemia pasaba desapercibida.

Estas alabanzas a Alejandro corresponden a la luna de miel de su pontificado. Pero poco a poco fue manifestándose la verdadera naturaleza del papa y el verdadero carácter de su pontificado, y sus contemporáneos empezaron a pintarle con unos colores que le hacen aparecer casi como un monstruo. Los odios partidistas del Renacimiento exageraban inevitablemente, pues la misma histeria que empleaban para adorar el cuerpo muerto de una muchacha les impedía ser imparciales a la hora de juzgar a un enemigo. Sin embargo, casi ahogadas por el coro de invectivas, quedan en pie las opiniones de hombres lo bastante serenos para dar una base sólida a las acusaciones.

Un eminente erudito florentino, Francesco Guicciardini, que después entraría al servicio de los sucesores de Alejandro, le reconoce su elocuencia, su laboriosidad, su capacidad administrativa:

Pero esas virtudes estaban sumergidas en defectos mucho mayores. Su forma de vivir era disoluta. No conocía ni la vergüenza ni la sinceridad, ni la fe ni la religión. Además, estaba poseído por una insaciable codicia, una ambición sin límites y una ardiente pasión por el progreso de sus muchos hijos, los cuales, a fin de aplicar sus inicuos decretos, no tuvieron escrúpulos en emplear los medios más odiosos.¹³

El nepotismo de Inocencio VIII había sido mezquino y despreciable, pero de naturaleza esencialmente inocua. Franceschetto había corrido tras el oro para satisfacer los más groseros placeres de la carne. Pero el clan de los Borgia corrió tras el poder, y con tal de agarrarlo, casi destruyó al Papado en el proceso.

En cierto momento del año 1460, el joven Rodrigo Borgia había iniciado relaciones con una tal Vannozza de Catanei, miembro de una familia de la baja nobleza romana. En los veinte años siguientes, Vannozza le dio cuatro hijos: Juan, César, Lucrecia y Wifredo. Borgia había tenido al menos tres hijos más de otras mujeres antes de conocer a Vannozza, y uno de ellos, Pedro, su primogénito, había conseguido el ducado de Gandía en España. El joven tenía por delante una gloriosa carrera secular, pero murió antes de que su padre llegara a papa, y su título, junto con las ambiciones que había puesto en él, fueron transferidos al siguiente hijo en la línea sucesoria, Juan, el muchacho de catorce años.

Si la vida de Borgia hubiera transcurrido por cualquier otro derrotero, se le habría considerado el marido ideal: generoso, afectuoso y, según los amplios criterios de la época, razonablemente fiel. Vannozza resulta también una figura contradictoria como querida de una de las figuras más bizarras del Renacimiento. Debía poseer alguna cualidad especial cuando fue capaz de atraer y conservar semejante amante durante décadas, y seguir mereciendo su afecto y su protección cuando su belleza ya había desaparecido y, al menos, una mujer joven había ocupado su puesto en la cama. Pero esa cualidad no aparece en ninguno de los pocos informes que aluden directamente a ella. Vivió discretamente, como convenía a una matrona romana respetable, administrando con eficiencia las propiedades que habían caído en sus manos. Parece ser que en los últimos años de su vida se mostró muy sensible hacia su anómala posición y consagró sus años de decadencia a las buenas obras. Tenía la costumbre de firmar las cartas dirigidas a su hijo como «Tu afortunada e infortunada madre».

13. Guicciardini, *Storia*, I, 20.

Borgia le suministró tres maridos sucesivos, cada uno de los cuales cedió de buena gana la tapadera de su nombre a cambio de la vida confortable que le proporcionaba el amante de su mujer. Se casó por tercera y última vez en 1486, cuando tenía alrededor de 45 años; Borgia dio por terminadas inmediatamente después aquellas relaciones que habían durado casi un cuarto de siglo. Los dos hijos mayores, Juan y César, llevaban mucho tiempo fuera del hogar materno, y, ahora, Lucrecia, una niña de seis años, y su joven hermano Wifredo fueron trasladados de la casa de Vannozza a la de una prima de Borgia y confidente de toda la vida, Madonna Adriana. Y fue allí donde Borgia conoció, tres años después, a la bella Giulia Farnese —*La Bella Giulia*— a quien el ingenio romano tuvo a bien conceder el título de «Novia de Cristo». Giulia iba a casa de Adriana como su futura nuera. En 1489, cuando Giulia tendría unos dieciséis años, se casó en el palacio de Rodrigo Borgia con el hijo único de Adriana, y hacia la misma fecha pasó a engrosar la larga lista de amantes de Borgia.

Madonna Adriana era viuda, así que no existía ningún marido que pusiera dificultades a tan curiosa situación. La familia Farnese, que posiblemente se hubiera opuesto a la deshonra de una hija, fue rápidamente acallada con algunos florones de la cornucopia papal. Uno de los primeros actos de Borgia como papa fue nombrar cardenal al joven Alessandro Farnese, hermano de Giulia. El «Cardenal Faldero», le llamaban los romanos cariñosamente, apodo que conservó hasta que subió al trono como Pablo III. Incluso los parientes políticos de Giulia se beneficiaron del asunto. Su cuñado recibió su parte: «Antes de que llegue la mía habrás recibido cartas de Florencia, y por ellas te enterarás de los beneficios que han caído sobre Lorenzo y de todo lo que Giulia ha hecho por él —escribió Girolama Farnese a su marido—. Te complacerá mucho.»¹⁴

Borgia le llevaba cuarenta años a su amante, pero se engañaría quien interpretara la historia como el típico caso de una familia que vende su hija a un viejo verde por dinero. Giulia fue una compañera complaciente incluso después de madurar y adquirir poder, dentro de ciertos límites, para tomar sus propias decisiones. Y es que su amante era un hombre extraordinariamente atractivo. «Era una persona muy apuesta, de alegre continente, llena de palabras dulces, que se gana el afecto de todas las mujeres a las que admira y las atrae como el imán atrae al hierro.»¹⁵

14. Carte Strozzi, citado en Gregorovius, *Lucretia*, 65.

15. *Ibid.*, 69.

A pesar de las tentaciones de la época, la glotonería no fue uno de los defectos de Borgia; en realidad, la comida que se servía normalmente en su mesa era tan frugal que a sus colegas les disgustaba comer con él. Supo mantener en forma su voluminoso y digno cuerpo. Cuando ya tenía casi ochenta años fue capaz de completar una larga y fatigosa jornada cabalgando hasta Roma en una fría noche de comienzos de primavera. Su afición por la magnificencia, su incontenible pasión por los juegos y las diversiones espectaculares, aunque escandalizarían a los sensatos, debieron constituir una atracción irresistible para una muchacha que estaba dando sus primeros pasos por la vida.

Vannoza fue mantenida en un segundo plano mientras Giulia ocupó el proscenio de la vida del papa. Lorenzo Pucci, el afortunado cuñado de Girolama Farnese, visitó el día de Nochebuena de 1493 la casa de Roma que albergaba a las tres mujeres que el papa Alejandro amaba por encima de todas las demás criaturas. Pucci se encontró con una escena doméstica y feliz. «Madonna Giulia acababa de lavarse el cabello cuando entré. Estaba sentada ante el fuego con Madonna Lucrecia, la hija de nuestro Señor, y con Madonna Adriana, y todas me recibieron con gran cordialidad.» La conversación trató de asuntos familiares, y Pucci agradeció gentilmente a Giulia sus favores, gentileza que le fue devuelta, tras de lo cual le llevaron a ver al pequeño, el primogénito de Giulia.

Está ya bastante crecido y, en mi opinión, se parece al papa. Madonna Giulia está un poco más corpulenta y es una criatura muy bella. Se dejó suelto el cabello ante mí y se lo peinó. Le llegaba a los pies, nunca he visto nada parecido. Tiene la más bella de las cabelleras. Se puso un tocado de lino fino, y sobre él una especie de malla, ligera como el aire, con hilos de oro entreteljidos. En verdad que brillaba como el sol. Vestía una túnica de lino a la moda napolitana, igual que madonna Lucrecia, quien al cabo de un rato salió para cambiarse. Volvió poco después con un vestido que era casi enteramente de terciopelo violeta.

Lucrecia, que tenía entonces trece años, llevaba ya seis meses casada. Legalmente hablando, aquél era su tercer matrimonio, pues se habían firmado contratos matrimoniales a su nombre en dos ocasiones anteriores, ambas con nobles del país natal de su padre. Pero eso había sido cuando era un simple cardenal —poderoso y

16. Antonelli, 34.

rico, sí, pero uno más en aquel privilegiado grupo de hombres ricos y poderosos— que podía darse por contento con obtener para su hija ilegítima la mano del segundón de una noble casa española. Pero, con su ascensión al Papado, el valor de Lucrecia aumentó astronómicamente. Los dos contratos fueron rescindidos, y Alejandro buscó un marido más adecuado. El cardenal Ascanio Sforza —el hombre a quien Borgia debía en realidad la tiara y que ahora, como vicescanciller, era uno de los elementos más poderosos de la curia— presentó la candidatura de su pariente Giovanni Sforza. Alejandro recibió con los brazos abiertos aquella oportunidad de establecer una alianza con la poderosa dinastía lombarda que entonces controlaba la mayor parte del Norte de Italia.

Giovanni Sforza aceptó encantado la proposición. ¿Qué alturas no podría alcanzar el yerno de un papa? Lucrecia aún no había adquirido la temible reputación que arrojaron sobre ella las ambiciones de su padre y su hermano. En sus primeros años, antes de que la movieran de aquí para allá como a un peón, y en sus últimos años, cuando pudo librarse de la atmósfera de Roma, su auténtico carácter fue bien visible para los que se tomaron la molestia de mirar. Era generosa, como su padre, bastante dócil y no particularmente inteligente. No podía compararse físicamente con Giulia, pero era bastante atractiva. «Es de estatura mediana y formas gráciles. Su rostro, bastante largo, la nariz bien cortada, el cabello dorado, los ojos de color indefinido. Su boca es bastante grande, con dientes resplandecientemente blancos, el cuello es esbelto y hermoso, el busto admirablemente proporcionado.» El joven Giovanni Sforza bien podía considerarse un hombre afortunado.

El 12 de junio de 1493 se celebró el matrimonio en el Vaticano. Fue la primera de aquellas espléndidas ceremonias familiares que dieron una atmósfera tan peculiar a las laderas, cargadas de historia, de la colina Vaticana. Burchard, el maestro de ceremonias, emprendió con su meticulosa eficiencia de costumbre los preparativos de la boda de la hija de un papa como si se tratara de un cónclave, un funeral o una coronación. La gran *Sala Reale* y todos los salones adyacentes fueron cubiertos con tapices y terciopelos. Sobre una plataforma que dominaba la sala, decorada con brocados, se colocó la Silla de Pedro. Otros tronos secundarios la flanqueaban, y un gran número de cojines de terciopelo de brillantes colores fueron repartidos por el extenso suelo de mármol de la *Sala*.

Burchard registró cuidadosamente todos los detalles. No se estaba sentando ningún precedente, pues Inocencio VIII había celebrado el matrimonio de su hijo en el mismo lugar. En aquella oca-

sión, Burchard se había creído en la obligación de protestar, y no porque considerase vulnerada alguna importante cuestión de principio, sino porque la presencia de mujeres en el banquete que siguió era contraria a la etiqueta. «Lo hice notar porque era contrario a las reglas prescritas de nuestras ceremonias, que prohíben explícitamente a las mujeres sentarse a la mesa con el papa.»¹⁷ Pero en los últimos veinte años se habían infringido tantas reglas, que esta vez se contentó con registrar lo que había ocurrido, no lo que debería haber ocurrido.

Don Juan Borgia, duque de Gandía, hijo del papa y hermano mayor de donna Lucrecia fue encargado por Su Santidad de la escolta de la novia. La condujo hasta la sala contigua; una muchacha negra le sostenía la cola, e iba seguida de donna Battistina —la nieta del papa Inocencio VIII, de bendita memoria—, y su cola también era llevada por una negra. Donna Giulia Farnese, la concubina del papa, y muchas otras damas romanas, que en total llegaban a ciento cincuenta, seguían a Lucrecia y a Battistina.

Las damas, en su excitación, olvidaron las buenas maneras. Cuando pasaron ante el papa sentado en su gran trono, «ninguna hizo la genuflexión, a pesar de mis admoniciones, salvo la hija del papa y unas pocas más».¹⁸

Después de la ceremonia, la fiesta continuó toda la noche. Todas las personas que contaban en Roma estuvieron allí, incluido el omnipresente embajador de Ferrara, que ya había señalado la buena fortuna de Sforza.

Cuando terminó el banquete, las damas bailaron y, como interludio, tuvimos una excelente representación con mucha música y canciones. El papa y todos los demás estaban allí. ¿Qué más puedo decir? Mi carta no acabaría nunca si tuvierá que describirlo todo. Así pasamos toda la noche, si para bien o para mal lo dejaré a la discreción de Su Alteza.

Alejandro VI llevaba diez meses justos en el trono. Y ya había dado la nota auténtica de su pontificado.

Vannozza no asistió a la boda de su hija; tampoco su hermano de once años Wifredo. Pero César estaba allí, ensombrecido por la

presencia de su hermano Juan. Ni que decir tiene que César también se había beneficiado de la lluvia de oro, pues su padre le había concedido el capelo de cardenal en el primer consistorio que celebró, en agosto del año anterior. Pero ése era un honor inevitable, pues había sido destinado a la Iglesia cuando todavía era un muchacho de corta edad. El papa reinante, Sixto IV, había dispensado al niño de cuatro años del impedimento canónico —«haber nacido de un cardenal y una mujer casada»— y, en consecuencia, tenía libre el camino hacia la cumbre. Ahora, a los dieciocho años, César era cardenal, obispo de Pamplona, arzobispo de Valencia, la antigua diócesis de su padre, y detentador de numerosos beneficios menores. Estaba también en camino de hacerse tan rico como lo había sido su padre en sus tiempos de cardenal. Pero todo aquello era un simple subproducto del apellido Borgia. Alejandro derramaba su cariño de padre sobre Lucrecia, y sus esperanzas de erigir una dinastía sobre Juan. Juan era ya duque de Gandía y había retrasado su partida hacia España y su brillante matrimonio con una princesa española exclusivamente por asistir a la boda de su hermana. Tres meses después, en agosto de 1493, salió para España, y en ese mismo mes Alejandro casó a su hijo menor, Wifredo, con Sancha, hija de la casa reinante en Nápoles. En el primer año de su pontificado, Alejandro había enlazado su familia con tres casas dominantes de Italia y España. Sólo Francia permanecía aún fuera de sus redes.

17. Burchard, *op. cit.*, An. 1487.

18. *Ibid.*, An. 1493.

19. Despacho citado en Gregorovius, *op. cit.*, 59.

Invasión: 1494

En el mismo mes de agosto de 1492 que vio la ascensión al trono de San Pedro de Rodrigo Borgia, Cristóbal Colón navegaba por el Atlántico. Su travesía fue la manifestación dramática de un proceso oculto: el nacimiento de un nuevo mundo a partir del viejo. Justo una generación antes, el Imperio Bizantino se había derrumbado definitivamente con la caída de Constantinopla en poder de los turcos, en 1453. El gran rival de Roma, el gran bastión cristiano en Oriente había caído víctima de los siglos, del asedio turco y de la traición cristiana, y en su lugar surgió un rival mucho más peligroso para Occidente. El Islam dominaba la mayor parte del Mediterráneo, su fiero brazo se extendía hacia el Adriático, y sus dedos hurgaban hacia el corazón de Europa.

Una serie de naciones-Estado habían surgido de entre las ruinas del Imperio. España había sido una de las últimas en encontrarse a sí misma, pero desde que lograra su unidad, en 1469, con el matrimonio de Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, había hecho una entrada impresionante en el escenario europeo. Italia se encontró rodeada y amenazada por gigantes, pero fue totalmente incapaz de adaptarse. Había cambiado la forma pero no la dirección del poder. Las repúblicas habían desaparecido, a excepción de Venecia, que también tenía un régimen despótico en todo menos en el nombre. En su lugar surgieron los príncipes, hombres que habían llegado ilegalmente al poder y se mantenían en él mediante la fuerza y la astucia: los Médicis en Florencia, los Sforza en Milán, los Este en Ferrara, los Baglioni en Perugia, los Malatesta en Rimini. Unos eran grandes hombres, otros pequeños, pero todos lucharon por mantener la estructura anterior y desastrosa de las repúblicas: autonomía dentro de los estrechos límites de sus minúsculos Estados. Conser-

varón su diminuto poder mediante un complejo de alianzas cambiantes, cada una de las cuales iba precedida de la traición, pues en los reducidos confines de la península no había ni espacio ni tiempo para establecer tratados de larga duración. Hubo un tiempo en que el emperador reinaba sobre todos, teóricamente imparcial y dispuesto a descargar el peso de su autoridad sobre uno u otro bando. Pero ahora que el emperador, al parecer, había pasado a la historia, todos eran iguales. Para conseguir ascendencia sobre los demás sería necesario que cualquiera de los príncipes llamase a Italia a uno de los reyes de las nuevas naciones-Estado del Norte. Pero hasta ahora nadie se había atrevido a cometer esa traición suprema.

Fue Ludovico Sforza, regente de Milán, quien al fin abrió las compuertas a la riada. Era un hombre taimado, culto, con bastante sentido del humor, y traicionero como pocos. Gobernaba ilegalmente en Milán. Su joven sobrino, el auténtico duque, languidecía en un estado de semipresión; la esposa del joven, desesperada, apeló a su abuelo, Ferrante, rey de Nápoles. Ludovico, curándose en salud, hizo ciertas proposiciones tentadoras al estúpido Carlos VIII de Francia. Ferrante de Nápoles pertenecía a la casa de Aragón que había derribado a la dinastía angevina. Si Carlos, miembro de la casa de Anjou, quería reclamar el trono de Nápoles... De nuevo, la compleja y sangrienta maraña de las combinaciones angevinas amenazaba estrangular a Italia.

Carlos se sintió interesado. Y su interés subió de punto cuando el mortal enemigo de Alejandro, el cardenal Giuliano della Rovere, salió precipitadamente de Roma y llegó a Francia con más noticias y proposiciones. Ferrante había muerto y Alejandro VI, ignorando olímpicamente las pretensiones de Francia, había coronado rey de Nápoles a Alfonso, hijo de Ferrante. Borgia había conseguido a cambio una buena recompensa: que su hijo Wifredo recibiera el título de príncipe y cuantiosos ingresos, aparte de múltiples honores napolitanos para todos los Borgia varones. Pero aún era posible presionar sobre Alejandro.

El Della Rovere sabía mejor que nadie que la elección de Borgia había sido el resultado de la simonía. Daba la casualidad de que esta vez tenía las manos limpias, y estaba más que dispuesto a ayudar a Carlos en la limpieza de la Iglesia. Había que convocar inmediatamente un concilio, deponer al papa simoníaco y colocar en su lugar a alguien, por ejemplo, al cardenal Della Rovere. Además, había que atacar a Nápoles para restaurar a la dinastía angevina en sus legítimos derechos. No había que descartar tampoco la perspectiva de una cruzada contra el turco. Con una vigorosa campaña,

Carlos podría convertirse en rey de Nápoles, rey de Jerusalén, librar los Santos Lugares del musulmán, y al Papado del libertinaje de los Borgia. Ludovico Sforza le ayudaría durante la crucial entrada en territorio italiano.

Era un proyecto muy atrayente para un joven que tenía el cerebro lleno de fantasías caballerescas. «Desde la infancia había estado enfermo y era de constitución débil», observaba Francesco Guicciardini en su severo retrato del rey de Francia y nuevo salvador de Italia.

Su estatura era corta y su rostro muy feo, si se exceptúa la dignidad y el vigor de su mirada. Sus miembros eran tan desproporcionados que más parecía monstruo que hombre, y no sólo ignoraba las artes liberales, sino que era prácticamente analfabeto. Aunque deseoso de gobernar, en verdad estaba hecho para cualquier cosa menos para eso. Odian-do el trabajo y la fatiga, dio pruebas en todos los asuntos que pasaron por sus manos de falta de prudencia y ausencia de juicio. Su deseo de gloria procedía más del impulso que de la razón. Su liberalidad era inconsistente, imoderada, promiscua. Cuando mostraba inflexibilidad en sus propósitos, ésta era con más frecuencia obstinación mal fundada que firmeza.²⁰

Así era Carlos de Valois. Pero era también rey de Francia y podía reunir el mayor ejército que había visto Italia en muchos siglos. Sus tropas atravesaron los Alpes a finales del verano de 1494 y empezaron a avanzar hacia el Sur.

El Papado había conseguido un auténtico poder temporal en el siglo XV, pero era el poder de un príncipe italiano que gobernaba Roma y el Patrimonio de San Pedro. Pervertido por el nepotismo, el grandioso sueño de la monarquía universal por el que Bonifacio había luchado y muerto, se había reducido al deseo de conservar aquellos territorios de la Italia central. Alejandro se encontraba en una posición muy peligrosa, pues la amenaza de deponerlo por nepotismo era muy real. Si quería neutralizarla, tenía que utilizar los mismos medios que cualquier otro príncipe italiano, por cuanto, al perseguir por encima de todo el engrandecimiento de su familia, había reducido el Papado al nivel de las demás posesiones familiares de Italia. Y ninguna potencia europea veía razón alguna por la que tuviera que acudir en ayuda de los Borgia.

Volvió la espalda a la Cristiandad, pidiendo ayuda a su archi-

enemigo, el sultán Bayaceto. Alejandro tenía un buen triunfo en la mano, pues mantenía en su poder a la extraña figura de Djem, el hermano menor de Bayaceto. Djem había huido años antes tras una rebelión abortada contra el sultán, y se había refugiado en la Europa cristiana. Había pasado de monarca en monarca como una especie de hipoteca viviente, ya que su hermano pagaba una pensión de 40.000 ducados al año, con la condición de que su anfitrión lo tuviera confinado. Inocencio VIII lo había adquirido y se lo había traspasado a Alejandro. Djem era tratado como si fuera un miembro de la familia. Juan Borgia le había tomado mucho afecto —hasta el punto de imitarle en su forma de vestir—, y cuando Pinturicchio llegó para pintar el retrato de la familia Borgia, bajo el título de *Santa Catalina de Siena discutiendo*, se le concedió a Djem un lugar prominente en el cuadro.

Pero la situación oficial de Djem era la de simple refugiado, y, en aquel momento de crisis, Alejandro no tuvo el menor escrúpulo en explotar el valor que representaba el infortunado joven. Advirtió a Bayaceto que la expedición francesa era una cruzada destinada a deponer al sultán y colocar en el trono a Djem, por eso los «cruzados» se dirigían sobre Roma, para arrebatárselo. Por lo tanto, aconsejaba Alejandro a Bayaceto, era urgente el envío de los 40.000 ducados que le debía y, al mismo tiempo, que convenciera a sus buenos amigos los venecianos para que lanzaran un ataque contra Carlos.

Pero a Bayaceto se le ocurrió una idea mejor, y contestó rápidamente a la carta de Alejandro. Lo más sencillo era matar a Djem. Cuando recibiera el cuerpo, Bayaceto entregaría 300.000 ducados, «con los que comprar posesiones para vuestros hijos». De este modo, el problema terminaría con beneficio para las dos partes.

Pero la ejecución de Djem se aplazó porque las dos cartas y el mensajero de Alejandro cayeron en poder de los franceses. El descubrimiento de que el sumo sacerdote de la Cristiandad estaba conspirando con el sultán contra Su Muy Cristiana Majestad sólo sirvió para empeorar las cosas. Había llegado el momento de liberar a la Cristiandad de un pontífice tan peculiar.

El ejército de Carlos avanzó por la península sin oposición. En Florencia, un monje fanático, Jerónimo Savonarola, le recibió con los brazos abiertos, como a la espada de Dios cuyo advenimiento llevaba tanto tiempo presagiando. La confusión más extrema se apoderó de Roma. La gran familia de los Colonna llevaba mucho tiempo del lado de los franceses; ahora se les unieron los Orsini, y los Orsini estaban ligados a los Borgia por lazos matrimoniales.

20. Guicciardini, *op. cit.*, III.

Alejandro sufrió la agonía de la indecisión. Primero pensó en luchar, pero luego, mirando con más atención a sus aliados napolitanos, decidió huir. Burchard recibió la orden de empaquetar todo lo transportable, incluida la ropa de cama. Después, el papa volvió a cambiar de opinión. Los romanos no saldrían en su defensa, pero los extranjeros quizá sí. Sondeó a Burchard sobre la posibilidad de que los muchos alemanes que habitaban en la ciudad se presentaran voluntarios para servir en la milicia. Pero los alemanes declinaron también la invitación. Después vino la peor y más amarga de todas las humillaciones personales. Una patrulla francesa, muy adelantada respecto al grueso de las fuerzas, capturó a Giulia Farnese y a Madonna Adriana en las afueras de Roma, cuando huían hacia Viterbo. Al enterarse de la identidad de sus prisioneras, el capitán de la patrulla informó primero a su rey, y cuando Carlos se negó a mezclarse en ese asunto, se las ofreció a Alejandro por un rescate de 3.000 ducados. Con su Estado desmoronándose a su alrededor, Alejandro aún tuvo tiempo para arreglar lo del rescate, vestirse con un hermoso traje de terciopelo negro y cabalgar al encuentro de las desgraciadas mujeres. Ludovico Sforza se puso furioso al enterarse del asunto. ¡Desprenderse de semejante presa por 3.000 ducados...! «Eran el corazón y los ojos del pontífice. Hubieran sido el mejor látigo para obligarle a hacer lo que quisiéramos de él, pues no podía vivir sin ellas.»²¹

El ejército francés entró en Roma el 31 de diciembre a media noche. Burchard se sintió muy preocupado hasta el último minuto por las cuestiones de protocolo y precedencia. Se quejó ante Alejandro de que los enviados franceses estaban ocupando lugares reservados a los altos miembros de la curia, ¿qué debía hacer? «¡Déjalos en paz! —gritó Alejandro—. ¿Es que quieres que pierda la cabeza? Deja que los franceses vayan a donde quieran.»

Burchard tuvo que resignarse, pero no tenía intención de permitir que sufrieran sus propiedades. Cuando se enteró de que unos soldados habían requisado su casa, se quejó ante el rey en persona, y sus quejas fueron atendidas. Carlos hizo todo lo posible por mantener la disciplina entre sus tropas: «No tomarán ni una gallina ni un huevo, ni el objeto más pequeño, sin pagar su justo precio»,²² y ahorcó a cierto número de ladrones para atraerse la simpatía de los romanos. Pero aquello era un pobre consuelo para Alejandro. Se atrincheró en la inexpugnable fortaleza de Sant'Angelo, se llevó con él al sultán Djem, y, una vez bien seguro, empezó el regateo.

21. Despacho citado en Gregorovius, *op. cit.*, 89.

22. Burchard, *op. cit.*, An. 1497.

Aquello fue, en el fondo, un anticlímax. Una vez más, el vasto, indefinible e intangible poder del supremo pontífice y papa universal acudía en ayuda de un príncipe italiano. Todos los consejeros y asesores de Carlos estaban de acuerdo en que Borgia podía ser depuesto por simonía —nadie presionó con más entusiasmo en ese sentido que Ascanio Sforza, el que había vendido su voto a precio tan enorme—, pero ¿podrían convencer al resto de la Cristiandad de que estaban actuando por amor a la Santa Iglesia y no por política pura y simple? ¿Cómo tomarían el asunto los religiosos súbditos de Carlos? Y, en cualquier caso, ¿quién ocuparía después el trono vacante? La decisión era de Carlos en último término; una decisión que el débil joven no se atrevería a tomar. En lugar de eso, pidió el capelo cardenalicio para uno de sus favoritos, exigió hacerse cargo de la custodia del sultán Djem y, como garantía del buen comportamiento de Alejandro, César Borgia acompañaría a su ejército en la marcha contra Nápoles. Al final, Carlos sólo consiguió esto último. César Borgia se escapó poco después de salir de Roma, y el sultán Djem murió al cabo de unos días «de algo que comió a pesar suyo», como anota Burchard con una discreción que roza la ironía.

El ataque contra Nápoles también acabó en anticlímax; la dinastía extranjera, corrupta y cordialmente odiada por sus súbditos, se derrumbó nada más tocarla. Durante corto tiempo, el joven Carlos brilló en todo su esplendor, haciendo mil y un planes de conquista en su enfebrecido cerebro. Pero, una vez más, Italia, como una ciénaga sin fondo, se tragó otro ejército victorioso. Mientras los franceses disipaban sus energías en la lujuria de Nápoles, sus aliados de ayer se realineaban a sus espaldas. Carlos había tenido demasiado éxito, y, en consecuencia, había que bajarle los humos. Traición, llamaban los hombres del Norte a esa conducta tan groseramente amoral; política práctica, replicaban los italianos. En el fondo, sus tratos con los demás estaban basados en un código muy parecido al de sus vecinos. Alejandro se encontró súbitamente rodeado de nuevos amigos. Carlos se dio cuenta demasiado tarde de que estaba solo y aislado, y no tuvo más remedio que iniciar la retirada península arriba, y esta vez luchando a lo largo de todo el recorrido. En Toscana, Savonarola le salió al paso para reprenderle y echarle en cara sus faltas. «Has incurrido en la ira de Dios al descuidar el trabajo de reforma de la Iglesia que, por mi boca, te había ordenado emprender.» Pero Carlos ya estaba harto de tareas gloriosas y de monjes profetas; lo único que quería ahora era volver a casa en una tirada. Y lo consiguió, pero a un precio terrible. Los franceses escaparon por los pelos de la aniquilación total

en la batalla de Fornovo, y se vieron obligados a dejar el fabuloso botín que habían acumulado en sus días de triunfo.

Alejandro se encontró en una posición más fuerte que nunca. Se había desvanecido la tenebrosa amenaza de deposición; sus adversarios estaban al descubierto y se les podía atacar, no ya como enemigos de la familia Borgia, sino de la mismísima Santa Sede —de Italia, en realidad—, pues se habían alineado con el invasor francés. Ahora podía empezar a aplastar los últimos elementos de resistencia, comenzando por los Orsini. Llamó a su hijo, el duque de Gandía, para que viniera de España a acaudillar la gloriosa causa.

Este «príncipe de comedia, acicalado con ornamentos y oropeles» fue nombrado legado del Patrimonio de San Pedro, legado de Perusa, comandante-general de las fuerzas papales. Luego se le envió al Sur a ganar gloria para los Borgia. Fracásó completamente. Alejandro lo apuntaló entonces con el más grande de los generales españoles, Gonzalo de Córdoba, bajo cuya veterana jefatura se realizó la tarea. Alejandro les premió con las adecuadas recompensas. A Gonzalo se le agradecieron sus servicios, y al duque de Gandía y a sus descendientes se les concedió a perpetuidad extensas posesiones sacadas de los Estados de la Iglesia. Las protestas ante aquel despojo de las propiedades de la Iglesia fueron muy débiles, pues el Sacro Colegio estaba dominado por españoles, ocho de los cuales estaban unidos a Alejandro por lazos de sangre.

Asesinato del duque de Gandía

En la tarde del 14 de junio de 1497, a la semana justa de que Juan Borgia accediera a la condición de noble italiano, su madre, Vannozza, dio un banquete familiar en la viña de su casa de los suburbios. La fiesta transcurrió normalmente, y, hacia el crepúsculo, Juan y su hermano César, junto con algunos sirvientes y amigos, emprendieron el camino de vuelta al palacio papal. Cuando habían recorrido cierto trecho, Juan deseó buenas noches a sus amigos, y acompañado únicamente de su palafrenero y de un hombre desconocido que escondía su rostro tras una máscara de carnaval, se perdió en la oscuridad. Unos minutos después, despidió al criado y continuó su misterioso viaje en compañía del enmascarado. Aquella fue la última vez que le vieron vivo.

A la mañana siguiente, sus criados informaron a Alejandro de que Juan no había vuelto. «Su Santidad se sintió también muy preocupado, pero esperó el regreso del duque durante el resto del día, convencido de que su hijo había pasado la noche con alguna muchacha y no quería que le vieran salir de su casa a la luz del día.»⁵ Era una suposición razonable, conociendo como conocía los hábitos de Juan, pero al caer la noche encontraron al palafrenero terriblemente herido e incapaz de dar información sobre el paradero de su señor. Alejandro, ahora realmente alarmado, ordenó una búsqueda exhaustiva.

Al día siguiente, 16 de junio, sus domésticos interrogaron a un tratante en maderas que ejercía su comercio a la orilla del Tíber. Le preguntaron si había visto algo extraño la noche del asesinato y respondió con una historia bastante coherente. Había pasado la

noche en el bote que tenía amarrado a la orilla. Hacia la medianoche aparecieron dos hombres que se movían con cautela e inspeccionaron los alrededores. Evidentemente, no le habían visto porque volvieron sobre sus pasos, y poco después apareció un jinete sobre un caballo blanco. Llevaba el cuerpo de un hombre muerto. Los dos que habían aparecido primero caminaban a ambos lados del caballo, sujetando el cuerpo para que no cayera.

Metieron el caballo en el río cerca de la desembocadura de las cloacas. Los dos hombres cogieron el cadáver y lo arrojaron todo lo lejos que pudieron hacia el centro de la corriente. El cuerpo desapareció, pero la capa del muerto quedó flotando y le tiraron piedras hasta que también se hundió. Después, el jinete y sus compañeros desaparecieron de nuevo en la noche.

Cuando acabó su relato, le hicieron al maderero una pregunta bastante razonable: ¿Por qué no había informado del crimen a los padres de la ciudad? Y él respondió, de forma igualmente razonable, que había visto por lo menos cien cadáveres arrojados al río en el tiempo que llevaba trabajando por allí. Nunca se había hecho ninguna investigación sobre ellos y, por tanto, no había visto ninguna razón especial para considerar a éste una excepción.

Se reunió inmediatamente a unos trescientos barqueros para que dragaran el río. «Ahora sí que Alejandro VI es un pescador de hombres», decían burlescamente en la ciudad. El cuerpo de Juan, duque de Gandía, fue sacado hacia el mediodía de las sucias aguas. Estaba vestido con sus ricas ropas, y bajo el cinturón se encontraron un par de bolsas con unos treinta ducados. Le habían seccionado la garganta y su cuerpo presentaba nueve heridas más.

Según Burchard, Alejandro creyó volverse loco de dolor. «Desde el miércoles por la tarde al sábado siguiente, el papa no comió ni bebió nada, y desde el jueves por la mañana hasta el domingo no se estuvo quieto ni un momento», anotó el maestro de ceremonias con su fría exactitud, traicionando una mal disimulada compasión hacia aquel hombre atormentado. Vannozza Catanei, la amante desdenada, acudió a consolar a Alejandro, suavizando su dolor con el recuerdo de que tenía otros hijos —especialmente César— que sostendrían la gloria de los Borgía tan adecuadamente como el asesinado Juan.

Nunca se descubrió al autor del asesinato, aunque las sospechas recayeron sobre muchas personas: los Orsini, que habían sido desposeídos para formar los Estados de Juan; los Sforza, y especial-

mente el joven Giovanni; cualquiera de los innumerables enemigos personales, incluido algún anónimo marido burlado; y, finalmente, César, el hermano del muerto. Esta última acusación no surgió hasta un año después del asesinato, cuando César se despojó de sus vestiduras sacerdotales para emerger como príncipe. Pero una vez en circulación, progresó hasta ensombrecer a todas las demás y ser aceptada al final como un hecho cierto. El motivo fundamental que se le imputaba eran los celos de la gloria secular de su hermano y el deseo de apoderarse de sus títulos y honores. Pero es muy probable que César sea inocente de este crimen.

No existía ninguna animosidad especial entre los dos hermanos, y César no salió ganando nada con el asesinato, pues Juan tenía un hijo que, lógicamente, heredó el título. Y esto era algo que César sabía perfectamente. El motivo del asesinato fue, casi con seguridad, «algo relacionado con un asunto amoroso», como supuso el cardenal Ascanio Sforza. La brutal mutilación del cuerpo, sus manos atadas, y la forma de deshacerse de él apoyan esta interpretación. Por otra parte, un asesinato político se habría ejecutado rápida y limpiamente, dejando el cuerpo en el mismo lugar donde cayó. Los romanos estaban acostumbrados a descubrir cadáveres en la calle por las mañanas.

Una vez pasados los primeros momentos de desesperación, Alejandro reaccionó con su vehemencia característica. El 19 de junio de 1497, cinco días después del asesinato de Juan, dirigió al consistorio un discurso de notable dignidad:

El golpe que ha caído sobre Nos es posiblemente el más duro que podríamos haber sufrido, pues amábamos al duque de Gandía más que a cualquier otra persona de este mundo. Daríamos siete tiaras por devolverle la vida. Dios nos ha enviado este castigo por nuestros pecados, pues el duque no había hecho nada que mereciera tal muerte. En consecuencia, hemos decidido enmendar nuestra vida y reformar la Iglesia. Renunciamos a todo nepotismo. Empezaremos por reformarnos a nosotros mismos, y así proseguiremos a través de todos los cargos de la Iglesia hasta que la tarea se haya cumplido por completo.²⁴

En aquel momento, Alejandro hablaba completamente en serio. Había que limpiar a la Iglesia de la suciedad acumulada durante siglos, y se nombró inmediatamente una comisión de seis cardenales

24. Brown, I, 74.

para que redactara el borrador de una bula que cubriría todo el campo de la reforma. Dice mucho en favor de la sinceridad y la energía de Alejandro el que una curia notoriamente apática sufriera un espasmo de actividad y en poco más de seis semanas redactara el complejo borrador que le presentaron para su aprobación. No se respetaba siquiera el reinado de los papas anteriores. En especial la simonía era condenada en todas sus formas, tanto si se trataba de simonía abierta como la venta de votos en las elecciones, o de simonía encubierta como la enajenación de territorios de la Iglesia para la creación de baronías hereditarias como las del último duque de Gandía.

Se prestaba especial atención a la moralidad del clero, y si las disposiciones del proyecto se hubieran puesto en práctica, se habrían visto automáticamente afectadas las vidas de toda la jerarquía eclesiástica, desde el papa al último párroco. El clero no se podría mezclar en asuntos mundanos, fuesen de placer o políticos. Todas las concubinas serían despedidas en un plazo de diez días a partir de la promulgación de la bula. Los cardenales se verían condenados a la frugalidad: se limitaría el número de criados en sus casas y quedarían prohibidos los músicos y cómicos en sus palacios. El gran plan de reforma se ocupaba hasta de los menores detalles de la administración municipal de Roma.

El borrador de julio de 1497 es uno de los grandes «si...» de la Historia. Alejandro fue genuina, aunque efímeramente, sincero. Para evitar acusaciones evidentes, había ordenado a su hijo Wifredo que saliera inmediatamente de Roma con su esposa. Incluso pensó en enviar a Lucrecia a vivir a España. Otros papas habían cambiado dramáticamente de vida al subir al trono. Ahí tenía el ejemplo de su antiguo patrono, Pío II. Hasta el despreciable «Cardenal Faldero» renunció a sus hábitos más viciosos al convertirse en Pablo III.

Alejandro no era un estadista particularmente dotado; a la mayor parte de sus acciones políticas les faltó visión, salvo cuando se trataba del porvenir de sus hijos. Pero poseía un enorme entusiasmo, una capacidad casi ilimitada para atraerse a los demás y vencerlos. Habría sido imposible implantar la moralidad mediante un simple decreto desde arriba, pues los cardenales, esas bisagras de la Iglesia, llevaban mucho tiempo girando sólo cuando lo deseaban. Pero sí hubiera sido posible realizar un cambio importante, aunque sólo fuera haciendo la inmoralidad poco rentable. Eso sí estaba en la mano de Alejandro; y Lutero, entonces un neurótico de catorce años, seguramente habría vivido y muerto como un leal monje agustino.

Pero el entusiasmo de Alejandro era al mismo tiempo su fuerza y su debilidad. Carecía de la tenacidad moral necesaria para emprender un camino largo, árido y duro, cuando todo lo que le rodeaba hablaba de placer. La bula no se publicó nunca, aunque al menos sirvió para encontrar una cabeza de turco. Un mes después de su redacción, el secretario de Alejandro, Bartolomeo Flores, fue arrestado bajo la acusación de falsificar breves papales. No había ninguna duda de que Flores llevaba años practicando tan lucrativo negocio, ni de que merecía ampliamente la condena a cadena perpetua. Pero hay que señalar también que Flores conocía muchos y peligrosos secretos de su señor.

César Borgia

El 21 de julio de 1498, Lucrecia, la hija de Alejandro, se casó por segunda vez. Era la primera etapa de un complicado plan destinado a colocar a su hermano César en el trono de Nápoles. Había habido algunos impedimentos, pues ella estaba ya casada legalmente con Giovanni Sforza, pero, asediado por las amenazas espirituales de su suegro y por la daga de su cuñado, el joven cedió. Lo hizo de mala gana, sin elegancia, pero consiguió una venganza sobre su esposa mucho más efectiva que la herida de una espada.

Sforza se había encontrado en una posición desagradable durante la invasión de 1496, cuando su pariente se colocó abiertamente al lado de los franceses. Así se lo comunicó a su tío Ludovico:

Su Santidad me dijo ayer: «Bien, Giovanni Sforza, ¿qué tienes que decirme?» Yo respondí: «Santo Padre, en Roma todos creen que Su Santidad ha llegado a un acuerdo con el rey de Nápoles, que es enemigo del Estado de Milán. Si es así, yo me encuentro en una posición espantosa, pues me debo al mismo tiempo a Su Alteza y a Milán. No veo cómo puedo servir a una parte sin ofender a la otra. Pido a Su Santidad que se digne definir mi posición...». El replicó que yo tenía demasiados intereses en sus asuntos y que debería elegir de qué lado permanecer según mi contrato. Mi señor, si hubiese previsto en qué posición llegaría a encontrarme, antes hubiera comido la paja de mi jergón que entrar en semejante acuerdo. Os suplico no me abandonéis, sino que me prestéis ayuda, favor y consejo...

Giovanni, un simple peón en una gigantesca partida de sangre, no recibió ayuda de su tío, que ya tenía bastantes problemas. La

25. *Atti... Modenensis*, I, 433.

posición de Giovanni, cada día más insostenible, era un duro precio por la efímera gloria de ser yerno del papa Alejandro VI. Aunque no lo sabía, su situación no habría sido mucho mejor si su tío hubiese permanecido como fiel aliado de Alejandro. Los Borgia tenían otros planes, y Giovanni Sforza era un obstáculo para ellos. Se le pidió sin rodeos que accediera al divorcio, él se negó y se vio sometido automáticamente a intensas presiones. Parece ser que Lucrecia le salvó la vida, a menos que todo fuera una comedia montada por los dos hermanos para asustar a Giovanni. César entró un día en la habitación de Lucrecia, que estaba hablando con el chambelán de Sforza; ella le ordenó que se ocultara y eso le permitió escuchar cómo César declaraba francamente que tenía la intención de asesinar a Sforza. «Ve y dile a tu señor lo que has oído», le dijo Lucrecia cuando César salió. El chambelán cumplió la orden, y Giovanni huyó inmediatamente.

El asesinato del duque de Gandía, que tuvo lugar unos días después, le dio a Giovanni un breve respiro. Pero no le sirvió de mucho. Una sumisa comisión descubrió que Lucrecia estaba virgen después de más de tres años de matrimonio, aceptó su declaración de que Giovanni era impotente y, en consecuencia, estableció las pruebas que permitían declarar nulo el matrimonio. Giovanni apeló al jefe de su familia, el sardónico Ludovico, quien hizo la socarrona sugerencia de que Giovanni demostrase su virilidad ante testigos. Su sobrino declinó el ofrecimiento y, entonces, furioso y ultrajado, declaró a los cuatro vientos que la razón real por la que el papa deseaba el divorcio era que quería disfrutar libremente de su propia hija. La acusación cayó en terreno abonado, fue cultivada amorosamente por los aficionados a la pornografía y los enemigos de los Borgia, y creció hasta formar una planta monstruosa. La vil acusación de que Alejandro quería cometer incesto cristalizó rápidamente en la afirmación de que ya lo había cometido. César y el extinto duque de Gandía sufrieron la misma suerte. También se dijo que habían mantenido relaciones incestuosas con Lucrecia, y se presentaron los celos de César como motivo del asesinato de su hermano. Por muy poco fundamento que tuvieran estas acusaciones, el carácter de todos los varones de la familia les confirió un color que nunca pudo eliminarse del todo.

A pesar de sus protestas, Giovanni Sforza se vio obligado a reconocer finalmente su impotencia, y el 20 de diciembre de 1497, Lucrecia se vio libre de un matrimonio que ya no era útil a su padre. En julio del año siguiente se casó, muy discretamente, con el duque de Bisceglie, hijo del rey de Nápoles. Aportó a la unión una dote

enorme, pero parte de aquel precio de compra estaba destinada a convencer al rey para que accediera al matrimonio de su hija Carlota con César. Alejandro, situado en el centro de la política italiana, sabía muy bien que los días de la dinastía napolitana estaban contados. Y quería que, cuando cayera, su hijo fundara allí una nueva dinastía más duradera. Pero el plan fracasó. El rey no quiso dar la mano de su hija.

La princesa Carlota estaba por entonces en Francia, como miembro de la corte real. Este hecho, en apariencia trivial, iba a tener profundas consecuencias para Italia. El joven y alocado Carlos VIII había muerto. El trono estaba ocupado ahora por el apenas más realista Luis XII. En el mismo mes que Lucrecia hacía los preparativos para su boda, Luis envió embajadores al Santo Padre para solicitar humildemente la disolución de su matrimonio con su enferma y desagradable mujer, lo cual le dejaría en libertad de casarse con una heredera bella y rica. Alejandro recibió amablemente a los enviados. Sí, por supuesto, Luis recibiría la dispensa si prometía utilizar su influencia sobre la princesa Carlota y conceder algún valioso honor a César. Luis aceptó de buena gana ambas condiciones.

Alejandro había recibido con profundo disgusto la petición de César de renuncia al cardenalato, pero al final cedió. Era el primer síntoma del dominio absoluto que César acabaría ejerciendo sobre él. Uno de los problemas que planteaba la renuncia de César era que, al mismo tiempo, debía renunciar a los cuantiosos beneficios de su cargo, pero ahora, con un rey acaudalado y agradecido dispuesto a concederle honores, la dificultad quedaba **resuelta**. Luis ofreció a César, y éste aceptó, el ducado de Valentinois, en el Delfinado, junto con una renta de 20.000 francos anuales. Los españoles protestaron ante esta metamorfosis de un cardenal español en duque francés, pero Alejandro respondió ladinamente que era necesaria para la salvación del alma de César. En cualquier caso, los intereses españoles seguirían estando protegidos: Juan Borgia, primo de Alejandro, ocupó la vacante dejada por César. El 17 de agosto de 1498, César inició su carrera de príncipe seglar. Tenía entonces veintidós años.

El infatigable escritor Andrea Bocaccio, embajador residente de Ferrara, traza un nítido retrato del personaje, cuando César era todavía clérigo.

Me encontré con César ayer en la casa del Trastevere. Iba de caza, vestido con unas prendas completamente mun-

danas, es decir, de seda, y armado. Tenía sólo una pequeña tonsura, como un simple párroco. Conversé con él durante un rato mientras cabalgábamos; estoy en muy buenas relaciones con él. Posee un notable genio y una personalidad encantadora, y se comporta como un gran príncipe. Es muy animado, alegre y aficionado a la vida de sociedad. El arzobispo nunca sintió inclinación hacia el sacerdocio, pero sus beneficios le reportan más de 16.000 ducados al año.²⁶

He aquí un cuadro inocente, el primer retrato de un hombre que al cabo de cinco breves años aparecería ante la conciencia de Italia como una especie de demonio. Compartía con su hermana el encanto y la vivacidad de los Borgia, pero mientras ella se doblaba ante el viento, cediendo fácilmente ante voluntades más dominantes que la suya, él, detrás de las sedas, los perfumes y la conversación fluida, escondía una determinación de hierro dirigida a un único objetivo: la adquisición de poder. Hasta la suavísima disciplina de la Iglesia renacentista resultó demasiado fastidiosa para él. «O César o nada», sería el apropiado lema que grabaría más adelante sobre su espada. Si hubiese sido más viejo, y por tanto con mayores posibilidades de suceder a su padre, quizás hubiera decidido hacer carrera en la Iglesia, con lo que el Papado se habría hecho realmente hereditario. Uno de los motivos de su renuncia al sacerdocio fue que deseaba casarse. Sin embargo, las mujeres no significaban mucho para él. Su tremenda reputación de sátiro descansa sobre bases tan frágiles como la acusación de incesto; tras las pocas semanas que duró su luna de miel en Francia, no volvió a ver a su esposa. Quizá deseara realmente fundar una dinastía, pero como subproducto del poder adquirido, no como motivo principal.

El mismo día en que César renunció oficialmente al sacerdocio, llegaron a Roma los embajadores del rey que le escoltarían a Francia. Pasaron unas seis semanas antes de que César se considerara listo para partir. La mayor parte de ese tiempo fue empleado en reunir un convoy lo bastante brillante para impresionar a los franceses. El 1 de octubre, cuando el cortejo se congregó frente al Vaticano, parecía más el séquito de un monarca oriental que la escolta de un duque todavía no investido. César iba teatralmente vestido de blanco, negro y oro, a la moda francesa. Le acompañaban altos prelados de la Iglesia y jóvenes miembros de las familias más nobles de Roma. En su deseo de agarrarse a la cola de aquel cometa que ascendía rápidamente en el firmamento, todos disimulaban de buen

26. Despacho citado en Gregorovius, *op. cit.*, 57.

grado el desprecio que les inspiraba aquel bastardo español. Una larga caravana de muías llevaba un tesoro calculado en 200.000 ducados.

Pero aquella pompa daba más impresión de vulgaridad que de esplendor. Alejandro contemplaba con regocijo todos los detalles desde una ventana del Palacio Vaticano. Luis, que contempló, también, desde una ventana del Chinon, la llegada de la procesión, seis semanas después, se mostró abiertamente desdeñoso. Aquel alarde «era excesivo para el pequeño duque de Valentinois». Pero el pequeño duque era portador de la dispensa papal, preciosa para el rey, y recibió todos los honores que quiso, salvo uno. Nadie fue capaz de persuadir a la joven Carlota de que aceptara aquel sospechoso novio. Aquello fue humillante para César, embarazoso para Luis e irritante para Alejandro. Pero ni siquiera el sumo sacerdote de la Cristiandad podía dispensar a un novio de la necesidad de obtener el consentimiento voluntario de la novia.

No obstante, César había ido a Francia en busca de una novia real, y una novia le fue proporcionada. Había otra doncella no comprometida en aquella corte: Carlota d'Albret, princesa por propio derecho. Luis se la ofreció y César la aceptó en sustitución de la otra Carlota. Su vida matrimonial se desarrolló felizmente porque duró exactamente cuatro meses. En septiembre de 1499, el rey Luis dejó Francia para emprender la segunda invasión de Italia, y César se apresuró a seguirle, jugando el papel de chacal para poder representar después el de león. Carlota, ya encinta, no le volvió a ver.

Diez años después, Alejandro había descendido a la tumba y el viento había desperdigado las cenizas del balbuciente imperio de César. El florentino Nicolás Maquiavelo describió desapasionadamente su tumultuosa carrera. En su opinión, los Borgia, considerando todos los factores, habían hecho bien en forzar las circunstancias para conseguir sus fines. Analiza lúcidamente las razones que tuvo Alejandro para recibir con los brazos abiertos a aquellos franceses ante los que había temblado sólo cinco años antes.

Alejandro, deseando dar a su hijo una soberanía en Italia, no sólo tenía dificultades presentes, sino también futuras, para conseguirlo. No veía ningún medio de hacerle soberano de algún Estado independiente de la Iglesia, pero sabía muy bien que, si intentaba desmembrar los Estados Pontificios,

el duque de Milán y los venecianos no se lo consentirían. Además, el poder militar de Italia estaba en manos de aquellos que más le temían, como los Orsini, los Colonna y sus aliados. En consecuencia, era necesario disolver estas diversas alianzas y crear la confusión entre los Estados italianos, a fin de asegurar la soberanía de una parte.²⁷

El papa Alejandro, concluía Maquiavelo, aplicó con habilidad y el necesario cinismo la antigua fórmula de «divide y vencerás».

La primera parte del plan era un ataque sobre Milán, el precio por la ayuda francesa en Italia. Todo fue como sobre ruedas. Ludovico Sforza huyó, los milaneses recibieron bien a Luis, y éste se proclamó duque de Milán por derecho de herencia. En octubre estaba ya en condiciones de ayudar a su aliado César a labrarse un principado.

La zona elegida fue la Romana, la parte norte de los Estados Pontificios, allí donde éstos tocaban al Adriático. Todas las ciudades romañonas eran feudo personal de algún señor de la guerra que reconocía con infinita repugnancia la autoridad de su príncipe feudal, el papa. Alejandro estaba probablemente en su derecho cuando declaró en octubre de 1499 que todos los señores romañones le habían negado el pago de sus rentas feudales, y que, en consecuencia, les castigaba con la desposesión. Respaldo por las espadas francesas, César se lanzó inmediatamente sobre su primera presa, las ciudades de Imola y Forlì, cedidas por un papa anterior a su sobrino, y gobernadas ahora por el virago de Catalina Sforza. Los ciudadanos abandonaron automáticamente a su señora, pero ella luchó con enorme coraje, espoleada, tanto por sus intereses personales y el miedo que le inspiraba César como por consideraciones políticas. Y tenía razón para temer, pues cuando al fin llegó la inevitable rendición, se encontró con que era una posesión personal del conquistador.

El inicio de la campaña en la Romana no fue tan impresionante después de todo, pues la lealtad de los romañones a sus señores nunca había sido particularmente sólida. La dependencia en que se encontraba César respecto a los franceses se puso claramente de manifiesto unas semanas después, cuando una revuelta en Milán obligó a Luis a retirar las tropas que le había prestado a César. La conquista del resto de la Romaña se detuvo inmediatamente. Sin embargo, Alejandro acogió en Roma la noticia de los triunfos de su hijo con lágrimas de alegría. Tenía ya setenta años, «pero estaba más

27. Maquiavelo, *The Prince*, VII, 426.

joven cada día», observaba un desencantado veneciano. «Sus cuidados nunca duran toda la noche. Siempre está alegre y nunca hace más que lo que desea. Su único interés es el progreso de sus hijos, ninguna otra cosa le preocupa.»²⁸ César no era el único objeto de aquel incesante cuidado.

Las tierras de los Gaetani, que Bonifacio VIII había adquirido con tantas fatigas, cayeron ahora bajo el hambre insaciable de los Borgia. El jefe de la familia Gaetani fue depuesto por el acreditado método del encarcelamiento, seguido de veneno o inanición, y Lucrecia ingresó en las filas, cada vez menos numerosas, de la nobleza terrateniente romana. Un año después, las tierras de otras dos grandes familias romanas —los Colonna y los Savelli— fueron confiscadas y repartidas entre Rodrigo y su hermanastro Juan, el hijo de Alejandro y Giulia Farnese. Aquel nepotismo desbocado no pasó desapercibido y provocó muchas protestas. Los portugueses amenazaron con convocar un concilio. Había un peligro muy real de que España y Alemania le retiraran su obediencia. Pero al final pudo comprar a todos, o mantenerlos a raya con la amenaza de algún enemigo. Incluso los italianos, como vio claramente Maquiavelo con su característica lucidez, estaban aturridos y confusos.

El 26 de febrero de 1500, César entró triunfalmente en Roma. Como era habitual en él, iba vestido de terciopelo negro y rodeado por una guardia de corps que lucía los mismos colores sombríos. Catalina Sforza, la ex señora de Imola y Forlì, se arrastraba tras él encadenada con cadenas de oro. Tras exhibirla a las turbas, fue encarcelada en Sant'Angelo. No hubiese visto más la luz del día de no ser por los franceses, quienes, admirados de la bravura que había demostrado al defenderse, presionaron sobre Alejandro hasta obligarle a liberarla.

César disponía de un soberbio escenario para desplegar su primer triunfo, pues 1500 era año de Jubileo y Roma estaba atestada de peregrinos procedentes de todas las naciones de Europa. Y fue precisamente durante aquel año cuando César emergió al fin como la mitad dominante de aquel tándem padre-hijo. A partir de ese momento, el reinado de Rodrigo Borgia se teñiría con los más funestos colores. Hasta entonces, el Vaticano había presenciado un comportamiento bastante escandaloso; ahora, la corte se hizo decididamente criminal, extraña y deliberadamente perversa. Ya no fueron sólo

los enemigos de los Borgia, tan aficionados a los chismes y a la exageración, los que se encargaron de registrar minuciosamente cada detalle; ahora, hasta el pedante Burchard tuvo que describir fríamente escenas que hubieran hecho enrojecer a los profesionales de la pornografía. Lucrecia se vio envuelta en todo aquello con su complicidad. Burchard se limita a constatar el hecho de que ella estaba presente cuando cincuenta meretrices romanas copularon con cincuenta servidores de palacio, compitiendo por los premios que había ofrecido Alejandro. Otros la acusan de haber sido la promotora, y no sólo observadora. Ella permaneció también asomada junto a su padre a una ventana del Vaticano mientras César disparaba sobre cierto número de delincuentes desarmados a los que se había dejado sueltos en un patio. Era como si César pretendiera envilecer completamente el nombre de su hermana.

Fuera del Vaticano, César se convirtió en el señor indiscutido de Roma. «El papa ama a su hijo... y le teme mucho»,²⁹ observaba un extranjero. Bajo el gobierno de César, Roma conoció un terror que nunca había sufrido con Alejandro. El papa podía recurrir al asesinato, y recurrió, pero siempre por razones políticas, nunca personales. César asesinó por ambos motivos. Un enmascarado borracho perdió su lengua y su mano por burlarse de él. Un veneciano, acusado de haber puesto en circulación un panfleto hostil, fue condenado a morir ahogado en el Tíber. El embajador veneciano intercedió ante el papa, pero Alejandro se limitó a encogerse de hombros. «El duque es un hombre de buen carácter, pero no puede tolerar insultos. Le he dicho muchas veces que Roma es una ciudad libre y que todo el mundo puede decir o escribir lo que desee. De mí se dicen muchas veces cosas malas, pero yo lo dejo pasar. El duque replicó: "Roma está acostumbrada a escribir y hablar, quizá, pero yo le enseñaré a esa gente a tener cuidado".»³⁰

«De mí se dicen muchas veces cosas malas, pero yo lo dejo pasar.» Alejandro decía la verdad en esto. Como supremo pontífice, había establecido la primera censura sobre libros impresos que ha existido: el *índice*, que le sobreviviría en más de cuatrocientos años. Pero nunca se dio oficialmente por enterado de los ataques personales, especialmente virulentos, que circulaban por toda Italia en forma de panfletos. Fue quizás esta misma tolerancia la que hizo posible que su hijo llegara a tener tanta ascendencia sobre él.

César no había ido a Roma sólo para jactarse de su triunfo. Ha-

28. Sanuto, *Diarii*, III, 500.

29. Baluze, *Miscellanea*.

30. Citado en Gregorovius, *Rome*, VII, 486.

bía ido también en busca de dinero para continuar sus conquistas, y su padre se lo procuró rápidamente. Los donativos de las decenas de miles de peregrinos que habían acudido con motivo del Jubileo fueron a parar a las arcas de los Borgia, pero ni siquiera esto fue suficiente. En septiembre se crearon nueve nuevos cardenales. «La mayoría eran hombres de reputación dudosa. Todos pagaron generosamente su ascenso. Algunos han pagado 20.000 ducados y más, así que se han recogido entre 120.000 y 130.000 ducados. Alejandro VI está demostrando al mundo que la renta de un papa es exactamente la que él quiere.»³¹

Pero César no estaba satisfecho todavía. Parece ser que sentía celos de la generosidad de Alejandro hacia Lucrecia, y no por un sentimiento de afecto personal hacia su padre, sino porque consideraba que esos ingresos debían invertirse también en sus campañas. El segundo marido de Lucrecia, el duque de Bisceglie, había perdido su valor. Los franceses y los españoles se habían unido temporalmente para arrojar a la familia de Bisceglie de Nápoles. Alejandro había aceptado investir a los vencedores con la herencia de su yerno, y el duque de Bisceglie se encontraba exactamente en la misma posición que Giovanni Sforza tres años antes. Había huido ya, pero cometió la locura de regresar cuando Alejandro se lo ordenó. Ahora, aterrorizado, contempló el primer movimiento hostil de la temible familia de su esposa.

En la tarde del 15 de julio de 1500, el joven fue asaltado por una banda de asesinos a sueldo en la plaza de San Pedro. Salió malherido pero logró escapar. Convencido de que César estaba detrás de aquel atentado, Bisceglie, en cuanto se recuperó, hizo el bravo pero fallido intento de matar a César de un tiro mientras éste paseaba por los jardines del Vaticano. Falló y se condenó a muerte.

Un impenetrable misterio rodea las circunstancias exactas de su muerte. Un informe veneciano asegura que volvió a su cama de inválido y que le atendieron su esposa y su hermana, quienes le hacían la comida en la habitación por miedo a que lo envenenaran. César entró en la alcoba con uno de sus asesinos profesionales, obligó a las dos mujeres a salir y estranguló al inválido. Burchard es mucho más discreto, limitándose a comentar que fueron interrogados los médicos del muerto, «pero pronto se los liberó, puesto que el hombre que les había confiado la comisión no fue castigado... y era bien conocido». Normalmente lúcido, la discreción de Burchard le lleva a una incoherencia probablemente deliberada. Bisceglie fue

31. Sanuto, *op. cit.*, III, 625.

estrangulado, no envenenado, así que el interrogatorio de los médicos carecía de importancia. Pero Burchard siguió en este asunto la línea marcada por su señor. Alejandro, aunque no planeara el asesinato, tampoco lo lamentó. Había que olvidar todo el asunto, y un veterano funcionario papal como Burchard sabía muy bien que hay ocasiones en que no se debe confiar ni en el propio diario.

César salió de Roma en septiembre al frente de 10.000 hombres para proseguir sus conquistas. Sólo tenía un enemigo peligroso en Italia: el tiempo, pues por muy joven de ánimos que pudiera estar su padre, no dejaba de ser un anciano. «Y tenía buenas razones para temer que un nuevo papa le sería hostil —apunta Maquiavelo—

...y procuraría despojarle de lo que le había dado su predecesor. Por tanto, hizo cuatro provisiones distintas; en primer lugar, destruir completamente las familias de todos aquellos nobles a los que había privado de sus posesiones para que ningún papa futuro pudiera devolvérselas. En segundo lugar, atraer a sus intereses a toda la clase media de Roma para controlar el poder del papa. En tercer lugar, asegurarse una mayoría en el Colegio de Cardenales. Y, en cuarto y último lugar, adquirir tanto poder en vida de su padre que luego fuese capaz de resistir el primer ataque del enemigo. Tres de estos designios los había realizado ya antes de la muerte de Alejandro.»³²

La tarea que le correspondía a Alejandro en este gran plan era mantener el suministro de dinero y dividir y confundir al enemigo. Desempeñó fielmente ambas misiones. Como había supuesto, el hecho de que hubiese aceptado investir a los reyes de Francia y España con el desmembrado reino de Nápoles sirvió para que franceses y españoles se disputaran los despojos con las armas en la mano. Y César aprovechó la oportunidad que se le ofrecía de salir de la posición subordinada que había tenido que soportar en sus relaciones con el rey de Francia. La influencia de los franceses que le había servido para llevar a cabo sus actividades más indignas, declinaba ahora y se desvanecía. Luis necesitaba el apoyo de César en su lucha contra los españoles. La esbelta figura, siempre vestida de negro, parecía tener el don de la ubicuidad: tan pronto estaba en Nápoles como en Toscana, Romaña o Umbría, pero siempre volvía a la Romaña. Alejandro contempló lleno de gozo la caída de una

32. Maquiavelo, *op. cit.*, VII, 428.

ciudad tras otra: Faenza, Cesena, Senigaglia, Urbino, Camerino. Dio la casualidad de que el embajador veneciano Antonio Giustiniani estaba con él cuando llegó la noticia de la toma de Camerino. «Le fue tan difícil contenerse que, para dar algún alivio a sus sentimientos y resaltar la importancia de la noticia, se levantó de su silla y fue a la ventana y allí escuchó la carta del duque que le leyeron en voz alta.»³³

Nada era demasiado para este hijo maravilloso. Le concedió el sonoro título de «César Borgia de Francia, por la gracia de Dios, Duque de la Romaña, de Valencia y de Urbino, Príncipe de Andria, Señor de Piombino, Porta-Estandarte y General en Jefe de la Iglesia». El asesinato de Bisceglie empezaba a producir dividendos, pues Lucrecia, una vez más en libertad para casarse, fue ofrecida al hijo de los Este, de Ferrara, cuyos dominios bordeaban por el norte los de César.

El joven Alfonso d'Este se resistía tenazmente a engrosar la ya impresionante lista de maridos muertos de Lucrecia, pero las cuantiosas compensaciones que le ofrecieron acabaron venciendo sus comprensibles vacilaciones. En realidad, consiguió una esposa virtuosa y devota, pues Lucrecia, tan adaptable como siempre, se amoldó a la relativa respetabilidad de la corte de Ferrara con el mismo entusiasmo que había demostrado en las orgías romanas. Su padre retrusó considerablemente el comienzo de la Cuaresma en Ferrara «para que las gentes de allí pudieran comer carne legalmente y celebrar fiestas y acciones de gracias cuando llegara Donna Lucrecia».

Poco después de la boda, Lucrecia desempeñó una importante tarea en nombre de su padre, actuando como una especie de vice-papa mientras Alejandro visitaba el campamento de su hijo en Piombino. Burchard, que se había escandalizado en cierta ocasión por la presencia de mujeres en un banquete papal, no tuvo ningún comentario que hacer ante esta curiosa innovación.

El final del verano de 1503 fue insólitamente caluroso e insalubre, incluso para lo acostumbrado en Roma. El hedor que subía de las calles en pleno verano había sido un claro aviso del peligro que suponía permanecer en la ciudad, y, en condiciones normales, Alejandro hubiera buscado los aires frescos y saludables de alguna de sus villas campestres. Pero los asuntos de César se aproximaban a su climax —se preparaba una expedición masiva contra Nápoles—,

y el papa se vio obligado a permanecer en el centro de los acontecimientos.

Agosto empezó mal para él. Su primo, el cardenal Borgia, había caído víctima del verano romano. El funeral tuvo lugar el 1 de agosto. Alejandro se asomó lleno de melancolía a su ventana favorita del Palacio Vaticano para contemplar el funeral de su primo, un hombre que parecía tan sano como él y que tenía aproximadamente su misma edad. «Este es un mal mes para la gente fuerte»³⁴, comentó, y apenas había acabado de hablar cuando una lechuza penetró por la ventana en pleno día y cayó a sus pies. Aquel mal presagio le asustó mucho.

Diez días después se celebraba el onceavo aniversario de su ascensión al pontificado. No se organizó ninguna ceremonia especial con tal motivo, y los observadores notaron que el papa, normalmente jovial, aparecía melancólico y sombrío. Al día siguiente, sábado 12 de agosto, cayó enfermo, desesperadamente enfermo. Lo mismo le ocurrió a César y a un tal cardenal Adrián Corneto, en cuya villa habían cenado Alejandro y César unos días antes.

Aquella extraña coincidencia provocó los inevitables rumores. Se creía desde hacía tiempo que padre e hijo habían elegido a Corneto como su próxima víctima. Según el embajador veneciano Giustiniani, tenían la costumbre de engordar a sus víctimas antes del sacrificio: cubrir a los cardenales más poderosos con beneficios cada vez más cuantiosos y luego despacharlos con cierto «polvo blanco».

Era bastante sencillo demostrar que la inmensa mayoría de los cardenales que murieron durante el reinado de Alejandro sucumbieron por causas naturales. Los cardenales suelen ser hombres muy mayores. Pero el odio a los Borgia hizo que aquella acusación se aceptara universalmente. Además, los italianos se sentían entonces morbosamente preocupados con el veneno como arma política, ya que satisfacía plenamente esa afición nacional por la venganza fríamente planeada que Maquiavelo haría pasar a la posteridad disfrazada de filosofía política. Cualquier muerte que no fuese obviamente atribuible a la violencia o a las epidemias se relacionaba automáticamente con el veneno, puesto que era axiomático que todo hombre tenía al menos un enemigo. A pesar de que el veneno era muy difícil de administrar a un hombre en guardia —el mismo César prefería el método del asesinato abierto—, los Borgia, archicriminales natos, fueron lógicamente investidos con la habilidad de archivenenadores.

33. Giustinian, I, 64.

34. Segismondo, II, 67.

Alejandro empleó el veneno como arma política complementaria, aproximadamente con el mismo porcentaje de éxitos que sus rivales, supuestamente menos dotados. Pero las hábiles plumas de sus enemigos transformaron esa modesta capacidad en algo casi sobrenatural. El «polvo blanco» de los Borgia —un vulgar preparado de arsénico que era difícil disimular y de efectos imprevisibles— se convirtió en una poción mágica que todos los miembros de la familia administraban a diestro y siniestro. Eran capaces de derribar con ella a los enemigos más distantes y en la fracción de tiempo deseada. Todos los actos de los Borgia estaban rodeados de un halo misterioso, y era mucho esperar de los chismosos romanos que aceptaran la última enfermedad de Alejandro como el resultado de una prosaica, aunque letal, fiebre del verano de Roma. Adrián Corneto estaba convencido de que lo habían envenenado, y de sus sospechas, bastante lógicas, surgió una historia aún más complicada. Se suponía que César había preparado una copa envenenada para Corneto, pero luego se había equivocado de algún modo, y él y su padre habían bebido libremente de ella.

César, aunque muy enfermo, empezó a recuperarse a los pocos días. Pero Alejandro agonizaba. Aquel hombre de setenta y tres años luchó durante una semana con unas fiebres que hablan postrado a su joven y fuerte hijo. Pero el mismo viernes en que César inició su recuperación, Alejandro entró en coma. Circularon rumores que hablaban de actividades sobrenaturales, pues ningún hombre podía creer que semejante papa hiciera mutis de forma natural. Hubo servidores que juraron haber oído cómo el agonizante le suplicaba un poco más de tiempo a un compañero invisible: había vendido su alma al diablo, quien, a cambio, le había prometido un pontificado de exactamente once años y una semana. «Se vio al Diablo, en forma de mono, salir de un salto de la alcoba. Y un cardenal corrió para agarrarlo y, habiéndolo cogido, se lo habría dado al papa. Pero el papa dijo: "Déjale ir. Déjale ir. Es el Diablo". Y aquella noche cayó enfermo y murió.»³⁵ Y mucho después de su muerte el agua hervía en su boca y salía vapor por los orificios de su cuerpo.

Burchard no se enteró de estas visitas demoníacas ni de la suspensión de las leyes naturales. La historia que cuenta es tan terrena como mezquina. Alejandro estaba todavía *in extremis* cuando los hombres de César entraron por la fuerza en el Vaticano y se llevaron todos los tesoros transportables. El papa murió, y sus criados desvalijaron descaradamente su alcoba, pues ninguna persona de rango

35. Sanuto, *op. cit.*, V, 74.

se aproximó al cadáver hasta que Burchard, cumpliendo con uno de sus deberes, llegó para vestirlo. Permaneció toda la noche desatendido y, por la mañana, cuando le rezaron el Oficio de Difuntos, los guardias de palacio atacaron al puñado de sacerdotes, que huyeron a la desbandada, dejando nuevamente solo el cadáver de su señor.

Burchard temió que los romanos, en su odio, llegaran al sacrilegio, y se fue a la capilla, donde permaneció todo el domingo. Pero aún no había llegado al apogeo de sus humillaciones. Cuando volvió para prepararle su último lugar de descanso, comprobó que la hinchazón producida por la muerte hacía que el ataúd resultase pequeño. Frío y meticuloso como siempre, describe así el hinchado y ennegrecido aspecto de lo que había sido Alejandro VI: «La faz era de color de mora y estaba cubierta de manchas azul oscuro: la nariz hinchada, la boca torcida, la lengua doblada, los labios tan inflados hacia fuera que parecían cubrir toda la parte inferior del rostro». Los criados bromearon obscenamente mientras se esforzaban por meter el cadáver en el ataúd. Al fin lo consiguieron, pero no sin antes quitarle la tiara, envolver el cuerpo en una alfombra y encajarlo a fuerza de puñetazos. «No había ninguna vela encendida, y ningún sacerdote ni persona alguna de dignidad velaba al cadáver.»

Así murió el papa Alejandro, en la cumbre de la gloria y prosperidad, y de quien debe saberse que fue un hombre de extremo poder y de gran juicio y espíritu, como demostraron sus acciones y su comportamiento. Pero así como, en realidad, su acceso al Papado fue indigno y vergonzoso —pues compró con oro tan alto cargo—, igualmente su gobierno estuvo de acuerdo con tan vil fundación. En él se dieron, y en gran medida, todos los vicios de la carne y el espíritu. No hubo en él religión ni honor a la palabra dada. Lo prometía todo liberalmente, pero no se sentía obligado a nada que no fuese útil para sí mismo. No le preocupaba la justicia, puesto que, en sus días, Roma fue un antro de ladrones y asesinos. Su ambición no tenía límites, y crecía en la misma medida que crecían sus Estados. A pesar de eso, sus pecados no encontraron castigo en este mundo, y gozó de mucha prosperidad hasta el fin de sus días. En una palabra, fue quizás el más malvado y afortunado papa desde hacía siglos.³⁶

El juicio de Francesco Guicciardini, el gran erudito florentino, fue escrito una generación después de la muerte de Alejandro. Pero

36. Guicciardini, *op. cit.*, cap. XXVII.

el odio que provocaba el nombre de los Borgia era aún lo bastante intenso para deformar la verdad. De ahí que Guicciardini repita, sin justificarlas, las acusaciones de incesto y envenenamientos masivos. Pocos le discutirían su opinión de que Alejandro fue uno de los papas más afortunados, aunque esa fortuna se debió en buena parte a la incompetencia y las traiciones recíprocas de sus enemigos. Pero el arriesgado juicio moral de Guicciardini —que Alejandro había sido el papa más malvado hasta entonces— es excesivo en el contexto del Papado renacentista. El juicio de la posteridad se basó en las opiniones de los contemporáneos, opiniones impregnadas por el odio de hombres que habían sido despojados o amenazados por el monarca papal, pero que permanecieron indiferentes ante la grotesca corrupción del pontífice salvo cuando pudieron explotarla políticamente. Otros papas se habían mostrado también muy solícitos hacia el progreso de sus hijos, pero pocos lo habían hecho con la energía y el éxito de Alejandro. Y cada hectárea de tierra, cada título conseguido para ellos incrementaba un poco más el odio de los que se veían obligados a entregar sus posesiones a un Borgia bastardo.

La verdadera solidez del poder de Alejandro se puso de manifiesto con el colapso absoluto sufrido por el imperio de César a la muerte de su padre. Además, tuvo mala suerte. «El mismo día en que fue elegido Julio II —comenta Maquiavelo— [César] me dijo que había previsto todos los obstáculos que podrían surgir a la muerte de su padre, salvo que, en el momento crítico, su propia vida se encontrara en peligro inminente.» Cuando César se recuperó, se encontró con que el gran enemigo de los Borgia, el cardenal Giuliano della Rovere, había sido elegido papa con el nombre de Julio II. Il *papa terribile*, le llamaron los italianos. Aunque prefería vivir dentro de una armadura, tenía la suficiente habilidad diplomática para superar a César en ese terreno. Sólo Lucrecia permaneció leal a su hermano, pero ella podía hacer muy poco en su favor. Rodeado de enemigos, César huyó finalmente a España y allí, tres años después de la muerte de Alejandro, cayó luchando bravamente, pero como un vulgar mercenario.

SEXTA PARTE

La edad de oro

GIOVANNI DE MÉDICIS

Papa León X (1513-1521)